VENTA EXCLUSIVA

José Gand

NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA

NOTAS BIOGRÁFICAS

ESCRIBÍ ESTE LIBRO CON EL DESEO DE INCORPORAR A LOS DULCES ENSUEÑOS DE LA INFANCIA LOS ALTOS EJEMPLOS DE VIRTUD, HEROISMO Y SABIDURÍA QUE ENGENDRA EN LOS CORAZONES EL AMOR ESPIRITUAL AL BIEN Y A LA PATRIA; POR ESO QUIERO CEÑIR CON EL LAURO QUE POR ÉL OBTUVE LA FRENTE PURA DE UNA NIÑA QUE POR SER HIJA DE MI HERMANA TIENE MI SANGRE Y POR SER MI HIJA ESPIRITUAL TIENE MI ALMA Y MI NOMBRE; Y ELLA ME DA EN SUS CARICIAS LOS MÁS SANTOS CONSUELOS QUE LA PIEDAD DIVINA HA PUESTO EN LA DESOLADA ASPEREZA DE LAS AMARGURAS QUE HICIERON SIEMPRE TAN ÁRIDO Y SOLITARIO EL CAMINO DE MI VIDA.

NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA: NOTAS BIOGRÁFICAS: POR ANGELES MORAN

HSp.BC
M829n

140340
13/10/16

ESTE LIBRO FVÉ LAVREADO POR EL ATENEO DE BADAJOZ CON EL PREMIO DE LA CIVDAD EN LOS JVEGOS FLORALES DE MCMXIV.

BADAJOZ
Tipografía de Uceda Hermanos
1914

THE NEWBERRY LIBRARY
CHICAGO

Angeles Morán Márquez

PRÓLOGO

L Excmo. Ayuntamiento de Badajoz, dando una de las más altas prucbas de su cultura y de un acendrado patriotismo, quiso aprovechar la ocasión de cooperar á la celebración de los juegos florales que organizó el Ateneo de esta capital en 1914, dotando á las escuelas de Badajoz de un libro de lectura donde se pusieran, con vigorosos contornos, ante la imaginación de los niños, las figuras de los grandes hombres que han llenado de días gloriosos el transcurso de la historia regional.

A esto debe su existencia el presente libro

que, llena de entusiasmo por la trascendental belleza de su finalidad, me apliqué á escribir, confiando en que acaso el poderoso estímulo de mi simpatía por la idea, supliera las condiciones que á la modestia de mis dotes faltaran para obtener el éxito con que el Jurado tuvo la bondad de honrar mi labor.

Para realizarla creí interpretar la intención del Municipio ofreciendo, no un catálogo numeroso de nombres, datos y fechas que abrumarían las inteligencias de los niños infructuosamente, sino una colección menos copiosa, pero cuidadosamente elegida de biografías y semblanzas, delineadas con aquellos relieves más acentuados y más á propósito, para dejar grabadas en las tiernas imaginaciones de los pequeños escolares, las figuras de aquellos grandes hombres que honraron la historia de Extremadura, y cuyos nombres decoran hoy las calles de esta capital.

La pretensión de incluir en este trabajo todos los hombres ilustres de Extremadura, ni siquiera todos los que honran las calles de la capital, sería, á mi entender, de todo punto absurda en este caso, puesto que tal enume-

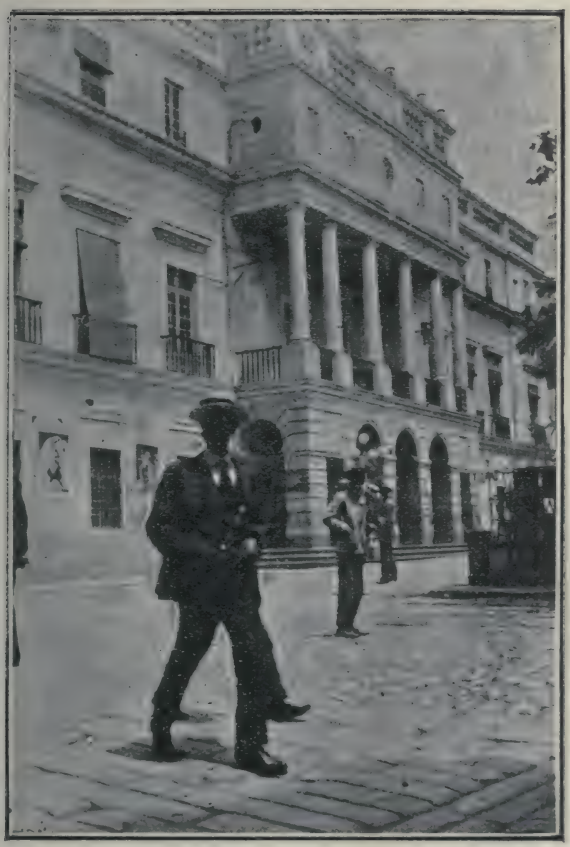
ración, ni sería nunca enteramente completa, ni caería dentro de los límites de un libro de lectura para las escuelas de primera enseñanza, ni está exigida en la letra ni en el espíritu del tema que dió el Excmo. Ayuntamiento de Badajoz.

Esta consideración me indujo á elegir las figuras más culminantes, exponiendo sus biografías brevemente, pero de modo que cada personalidad se destacara dentro del ambiente en que vivió, dando, siempre que ha sido posible, mayor intensidad en los respectivos relatos, á aquellas noticias y circunstancias íntimamente relacionadas con la región y con la capital.

He pretendido, mediante este procedimiento, que los niños, al conocer las biografías de estos grandes hombres, se formen idea del momento histórico en que vivieron, adquiriendo noticia clara de la historia de la capital y de la región en cada uno de esos momentos, y ampliando, por este medio, el número de los biografiados, al poner de manifiesto las relaciones de cada uno con sus contemporáneos.

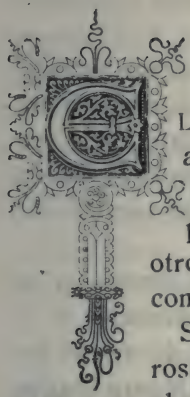
El Jurado del Ateneo me hizo el honor de declarar que habia acertado en la elección del procedimiento honrando con el premio este modesto trabajo, y yo aprovecho complacida esta ocasión para expresarle mi profundo reconocimiento.

Angeles Morán.



El Ayuntamiento.

Torres Naharro.



L alto recinto de la colina sobre la cual aparece recostada la ciudad de Badajoz y que todavía hoy está circundado por una vieja muralla árabe, fué en otro tiempo núcleo principal y el más compacto de esta poblacion.

Si no tuviéramos fehacientes y numerosísimos testimonios de ello, bastarían para comprobarlo los restos de antiguas edificaciones que aún quedan diseminadas en aquel paraje.

Uno de ellos, el más grande, que tiene trazas de viejo castillo del siglo XV, la época en que las familias linajudas construían sus palacios en las poblaciones con reminiscencias de los viejos castillos roqueros solitarios de la plena edad media, perteneció á la noble casa de los Figueroas, luego condes y más tarde duques de Feria.

Todavía están en pie los muros de aquel palacio y en su interior se adivina la suntuosidad de aquellos amplios salones que en principios del siglo XVI habitaban aún los condes, haciendo de ellos el centro del movimiento politico y literario de aquella época

Era D. Pedro Suárez de Figueroa hombre de gran significación en la política de España, en la que intervino muy activamente en los tiempos tumultuosos de los comuneros; pero también era gran aficionado a aquellos dulces esparcimientos que convertian a los palacios de los grandes, a menudo, en improvisadas cortes de amor con damas y trovadores, donde los más egregios poetas recitaban sus *decires* y la más distinguida sociedad escuchaba con romántico deleite.

Uno de los poetas que en aquel cenáculo era objeto de más entusiasmada admiración, se llamaba Bartolomé de Torres Naharro; a la sazón, por los años 1527 al 1530, era ya hombre entrado en años y se le veneraba como una gran figura de nuestras letras patrias.

Había nacido en Torre de Miguel Sesmero, y su vida había sido muy aventurera y accidentada.

Fué primero soldado, cayó cautivo de moros en Africa y, rescatado, había vivido en Roma largos años, donde se había hecho clérigo.

Durante su juventud primera había vivido en Badajoz en aquel tiempo de principios del siglo XVI en que el obispo Manrique de Lara promovió, con gran ahinco, la cultura de su clero, enviando a muchos para que se instruyeran a los más renombrados centros del saber.

Hombre, Torres Naharro, de escasos medios de fortuna y sin gran vocación religiosa, al menos en aquella edad, eligió el otro de los dos caminos que entonces ofrecía la vida social a los que necesitaban conquistarse una posición que no les había proporcionado su nacimiento.

Se alistó en las banderas del rey y es casi seguro que peleó en huestes del duque de Nájera en la frontera de Granada, según el ardimiento con que canta las proezas de este insigne caudillo.

Pero la fortuna le fué adversa. Cautivo de moros, como he dicho, apenas logró su rescate, partió para Italia, huyendo de su mala estrella y buscando días más felices.

Brillaba entonces en Roma, como astro de primera magnitud, el celebérrimo cardenal extremeño don Bernardino Carvajal, el revoltoso competidor de Julio II, alma del conciliábulo de Pisa, que, muerto este Papa, y vuelto á la gracia pontificia con el gran León X, figuraba entre sus más íntimos y allegados en la corte romana.

Por los años 1490 a 1492 habia sido obispo de Badajoz este ilustre cardenal, hijo de una de las más distinguidas familias de Plasencia.

Los motivos de paisanaje, quizá las relaciones de cuando ocupó la sede pacense aquel cardenal, o acaso las recomendaciones del obispo Manrique de Lara, a quien seguramente conoció en Badajoz en su juventud Torres Naharro, le indujeron a acercarse a él buscando su protección y, gracias a ella, se hizo una de las personas más afectas y queridas de aquella corte esplendorosa de León X, tan insigne por el favor que dispensaba a los artistas.

Nuestro poeta, fracasado en su intento de buscar fortuna por el camino de la milicia, se había hecho clérigo al venir á pedirle protección a su egregio paisano, y así figuró mucho tiempo entre los pajes y capellanes de su servidumbre.

Pero su vocación principal eran las letras, y, siendo

así, no podía pasar desapercibido entre la muchedumbre de clérigos vulgares adscritos a las casas de los grandes y opulentos cardenales de aquel siglo.

Y así fué. Pronto sus poesías se abrieron camino en aquella corte de artistas, y sus comedias tuvieron el honor de ser representadas á veces en el palacio del cardenal y ante la Santidad de aquel gran Pontífice.

Pero no pasaron las prosperidades que logró el poeta, del terreno de las estimaciones y de las alabanzas entusiastas, sin que jamás se tradujeran en recompensas lucrativas.

Así se ve la amargura de este desengaño vibrando siempre en el despecho que palpita en todas sus composiciones, tanto escénicas como líricas.

Había almacenado aquel gran poeta tal copia de experiencia y desengaño en la azarosa vida de sus aventuras militares y en sus amarguras de clérigo obscuro y mendicante, que no es raro ver cómo rebosa en sus poesías la hiel de estas desdichas y desesperanzas en ásperas ironías, y en los despiadados cuadros que en sus obras teatrales traza de las miserias del mundo en aquellos tiempos.

Comenzaba por entonces á dar los primeros pasos en su vida el teatro español, y en Europa se emancipaba este género literario de los moldes antiguos. El genio de nuestro poeta vió en esta orientación nueva de la literatura, el más ancho campo para dar expansión á sus dolorosas sensaciones de la vida, dejando esculpidos los rasgos de aquella sociedad que tan inclemente había sido para él, y fué de los que más adelantaron en el camino de llevar al teatro la vida real de la sociedad en que vivía, haciendo dar

á este arte un avance que tardó muchos años en ser superado.

Por eso puede Torres Naharro ser considerado, sin lisonja, uno de los más eximios patriarcas de nuestro teatro español, y en esto consiste su mayor gloria.

Su obra principal, la *Propaladia*, conjunto de composiciones escénicas precedidas de un proemio, que es la primera obra de preceptiva de literatura dramática que se ha escrito en castellano, puede considerarse como el más acentuado progreso que tuvo nuestro teatro en aquellos tiempos en que comenzaba incierta y vacilante su vida.

La admiración y estima que en Italia disfrutó nuestro poeta, no se vé solo en el afectuoso cariño con que están escritas las letras apostólicas en que el Papa autoriza la publicación de la *Propaladia*, y que figuran a la cabeza de su primera edición hecha en 1517, sino en haber sido el encargado de componer la loa que había de representarse en las fiestas que la corte pontificia organizó en honor del glorioso rey portugués Don Manuel I, cuando fué a Roma su embajada para ofrecer al Papa los primeros presentes de sus conquistas en la India.

Como se muestra también en la indulgente benevolencia con que él opulento Cardenal y aquel Pontífice sabio y artista toleraban, y aún se regocijaban con las crudezas de la comedia *Tinelaria*, en la que tan a lo vivo retrataba el despilfarro y desbarajuste de las opulentas casas de la corte romana.

Sin embargo, servían tan poco estos halagos de la admiración y el afecto para mejorar su fortuna, que súbitamente salió de Roma, perdida sin duda la

esperanza de prosperar, y pasó a Nápoles; desde allí, al cabo, se retiró a España, donde terminó sus días sin que sepamos de cierto dónde y en qué año, pero pudiendo asegurar que en los próximos al 1530 vivió en Badajoz, donde asistía asíduamente a la casa del conde de Feria, y en Sevilla donde concurrió, poco antes de la mencionada fecha, a las justas poéticas que organizaba el obispo Scala, y que se celebraban bajo la presidencia del cardenal Manrique, aquel obispo de Badajoz que probablemente conoció aquí a Torres Naharro, antes de que éste partiera á sus aventuras.

No son, como se vé, muy copiosas ni muy concretas las noticias que se tienen respecto a los detalles de la vida de este gran escritor; pero en cambio sus escritos nos dan luminosos indicios para conocer íntimamente todas las modalidades del carácter de este homhre singular.

Por ellos sabemos que fué un espíritu sentimental y soñador, hombre de austeros y rectos principios sinceramente cristianos, aunque no llegaba, en sus emociones religiosas, a los arrebatos místicos.

Quizá lo llevaron a la profesión del sacerdocio, no solamente los reveses de la fortuna y su desprecio para las miserias del mundo, sino contrariedades y desencantos amorosos en alguna honda pasión que amargó su vida.

Si no estuvieran tan de moda en aquella época estas románticas lamentaciones de amores desgraciados, ¿cómo podría dudarse que este gran poeta encontró en esos infortunios la más bella nota de melancolia que se advierte en todo su lirismo?

Ruinas del palacio del Duque de Ferias.

«Mis ruegos si no son vanos
y mandares
cuando mi fuesa topare,
hecha de tristes agüeros,
si por encima pasares
y de mí te recordares
haz tus pies algo ligeros».

dice enternecido en su *lamentación* tercera. Y la intensidad de su amor se manifiesta con más bella sinceridad que nunca en aquellas canciones que tan bien debieron sonar en las románticas veladas del duque de Feria, para las que parecen estar escritas estas dulces y cortesanas estrofas:

¿Quién os vió que hombre se llame
que no os loe si ha manera
de sentiros?
Quién os loa que no os ame?
Quién os ama que no muera
por serviros?

Pero si en esto pudo haber el refinamiento cortesano de aquellos sentimentalismos afectados, tan de moda por entonces, tiene en cambio una canción donde precisamente, dando culto tan sólo en la forma externa, á las habilidades y discreteos sutiles de la época, deja escapar por dentro el torrente de su dolor, vertiendo en ella la más patente comprobación de aquel infortunio amoroso que tan duramente atenazó siempre su alma.

Véase una muestra de estas candentes estrofas:

Tristeza me sobra, publico alegría
Y en medio al reposo fatigo y afano.
Deseo mi mal, mas no lo quería

Y sudo en invierno y tiemblo en verano.
Yo voy por lo alto y estoy en lo llano...
Yo sé que me pierdo, yo sé que me gano,
Yo sé que soy libre, también soy captivo.

....

No salgo del cielo y estoy en la tierra.
No hay valle más hondo ni más alta sierra.
Las nubes excede mi gran pensamiento,
Con llave de amor se abre y se cierra
La cárcel do vivo quejoso y contento.

....

El cuerpo se duele que vive en tortura
Y el alma se alegra de todo su mal:
Pues dama y señora princesa real,
En estas congojas estoy por amaros;
Y en fin determino de seros leal.
Y siempre serviros y nunca olvidaros
No sé más decir ni más que obligaros,
Pues no soy de mí por serlo de vos;
Con lo que a vos toca no puedo faltaros,
El alma que es suya recíbala Dios.

No cabe duda que, bajo el empeño liviano de la imitación petrerquista, bullen aquí dolores sentidos por el poeta; como vibran las amarguras de sus despechos, por la hostilidad de la fortuna y sus desprecios por las miserias y corrupciones de aquella aparatosa corte romana que tan esquiva se le mostraba en sus favores positivos, en su famosa invectiva donde se queja de su fortuna con sinceridades como esta:

No pongo las manos en cosa que acierte,
ni puedo acertar en cosa que quiera;

tan mal tino traigo y en tanta manera,
que no sé llevar la mano a la boca.

Y en la misma composición es donde desata la válvula de sus despechos, por las pretericiones que sufría, en estas palabras crueles:

Ceviles traidores prevalen en corte,
falsarios vereis robar beneficios,
ladrones a furias comprar los oficíos
y a costa de Dios andan en solacio
con ropas prestadas entrar en palacio;
groseros haber muy grandes partidos,
discretos y doctos hallarse perdidos...
d'aquestos no curan los grandes señores
d'aquestos se pueblan los más hospitales.

Claramente se ve la queja por las pretericiones de que era objeto; aunque no se crea por esto que se tenía por impecable. En la misma composición lamenta sus propias debilidades con encantadora sinceridad:

Que yo y otros muchos vivimos a oscuras
huyendo virtudes, siguiendo locuras,
loando lo malo, tachando lo bueno,
lisonja en la lengua, maldad en el seno,
las cosas más feas traemos en palmas,
triunfan los cuerpos, mas ¡guay de las almas!

Fué, pues, aquel poeta, un espíritu alto, recto y severo, y un hombre de gran corazón, de grandes pasiones, que vió y penetró como pocos el profundo sentido de la vida, y que vivió amargado por los reveses de la fortuna y las adversidades amorosas, dejando en el arte una luminosa estela, porque supo

dar acentos a las quejas de sus dolores, dibujar con mano maestra el cuadro de aquella vida de su tiempo y dar al arte escénico un impulso soberano que adelantó su desenvolvimiento en mucho tiempo.

S. Pedro de Alcántara

Puente de Calamón y Hoyo de los Mártires.

POCO antes de verter en Rivilla sus escasas aguas el arroyuelo Calamón, pasa por una hondonada fresca y pintoresca; allí lo atraviesa un puente estrecho, desvencijado y musgoso.

Los viejos de la ciudad suelen denominar a este puente el Puente de los Frailes. En las dos eminencias del terreno, que forman la hondonada del río, se ven grandes hoyos, como de haber sacado tierra o piedra para edificaciones; y aquellas hoquedades se conocen aún por el nombre de Hoyos de los Mártires. Pasado el puente y dirigiéndonos río arriba, encontramos pronto unos paredones, no muy altos ya, pero largos y gruesos, sin traza de cerca rural, sino con señales evidentes de haber sido base de una edificación mayor.

— Dicen que ahí estuvo el convento de los frailes que hicieron el puente —, me dijo en una ocasión, al ver mi perplegidad ante aquellos restos de muro,

un anciano campesino que a la sazón pasaba por aquel sitio.

Mirando, río abajo, se divisa desde allí, como una cinta blanca que corta el verde de una ladera, la carretera de Sevilla, que a poco más de dos kilómetros, atraviesa otro arroyuelo—también afluyente del Rivilla—, mediante un corto puente que todos conocemos con el nombre de San Gabriel, tomado del riachuelo que discurre por su ojo único entre verdes cañaverales y altos álamos. En estos nombres y en estos parajes hay huellas venerables de un varón insigne por su santidad, que, hace cerca de cuatro siglos, edificó á los hijos de Badajoz, durante varios años con el ejemplo de sus virtudes.

En efecto, en aquel paraje, donde todavía persisten los paredones mencionados, no ha habido nunca un convento, sino la llamada ermita de los Mártires, con algunas habitaciones, escasas y no muy amplias, destinadas a santeros o ermitaños; pero allá por el año 1519 esas habitaciones se encontraban habitadas por un corto número de frailes descalzos que habían hecho, desde aquel retiro angosto, llegar a todos los ámbitos de la ciudad el aroma de sus virtudes.

Entre todos ellos se distinguía un joven como de veinte años, cuya probada santidad había hecho que los superiores de la Orden lo designaran como guardián, a pesar de su juventud y de no haber recibido aún las órdenes sagradas.

Veamos cuál era la causa de que se encontraran allí estos religiosos.

Vivía por entonces en Badajoz un noble caballero llamado D. Gome Hernández Solís, casado con

El puente de San Gabriel.

una dama de no menos esclarecido linaje, llamada D.ª Catalina de Silva. Ambos cónyuges, poseedores de gran fortuna y llenos sus corazones de piedad y celo religioso, quisieron consagrar al bien de las almas gran parte de su caudal, fundando, en las cercanías de Badajoz, un monasterio de Franciscanos.

Cabalmente por aquellos días, el dos de Julio de aquel año, se había constituído la Orden en la Provincia de Extremadura y elegídose como primer Provincial al virtuoso Fr. Angel de Valladolid, el cual, conocidos los deseos del piadoso matrimonio de Badajoz, se apresuró a escoger algunos de los más ejemplares, entre sus religiosos, para que se encargaran de la fundación.

Entre ellos, y a su frente, venía el piadoso joven a que antes nos referimos. Había nacido de la noble familia de los Garabitos y Sanabrias, de Alcántara, en el mismo año en que el apostólico varón Fr. Juan de Guadalupe, habia logrado, tras de rudas campañas, la aprobación de su rigurosa reforma de la Orden Descalza, constituyendo en Extremadura la Custodia del Evangelio, cuna gloriosa de aquella reforma que fué semillero de Santos y que, pocos años después, recibía en su seno a este dechado de heróicas y excelsas virtudes. Su nombre era Pedro; había estudiado leyes en Salamanca y su vocación ardiente le llevó, a los 15 años, a tomar el hábito de la orden en el Eremitorio de Majarrete, a una legua de su pueblo natal. Cinco años llevaba en religión, veinte contaba de edad, y ya el fuego divino de su fervor despedía fulgores que indujeron a su prelado a confiarle misión tan delicada como la fundación que en Badajoz solici-

taba la piedad de D. Gome Solís, cabiéndole a esta ciudad la gloria de tener la primera fundación del Santo de Alcántara.

El convento nuevo se edificó en la meseta no muy amplia, que hay a la falda de una colina, situada a unos dos kilómetros del mencionado puente, arroyo arriba, y en su margen izquierda. Todavía subsiste la edificación, reformada ya, y convertida en depósito de pólvora de la guarnición; y al lado del edificio, bajando la colina, está la huerta, donde el Santo se retiraba a orar junto a una capilla que allí se levantó bajo la advocación de San Juan Evangelista.

Las ruinosas paredes de aquellas tapias de la huerta, los revocados muros de aquella edificación, hoy destinada a usos profanos, tienen en sí gotas de sudor de aquel santo singular, cuya humildad y celo religioso le llevaban a trabajar en la obra todos los días, como uno de tantos obreros, siendo además el mentor y director de todos.

Dos años duró la fábrica; durante ellos, aquel santo joven y sus compañeros residieron en la ermita de los Mártires, desde donde a diario iba a la obra del convento atravesando aquellos campos, muchas veces llevando en sus hombros pesados materiales, necesarios para la edificación. La fama de sus virtudes se extendió de tal modo en Badajoz, que no sólo los devotos patronos de la nueva fundación, sino todos los vecinos de la ciudad, acudían a la ermita a diario con objeto de contemplar los raptos de aquella piedad sublime y pedir al joven religioso el consuelo de sus consejos y enseñanzas en todas las tribulaciones de la vida.

Y no es que el santo religioso buscase popularidad y comunicación con las gentes; todo lo contrario: era tan retraído que huía obstinadamente del trato con los seglares, como no fuera en los casos en que se lo imponía la caridad (1); a tal punto llegaba en esto, que ni aun con el piadoso Patrono se comunicaba, como no fuera enteramente indispensable, siendo muchísimos los días en que don Gome, que ya no quería pasarse uno solo sin verlo, tenía que volver a su casa sin haberle hablado; y fué tanta la caridad y desinterés del Santo, que él era siempre quien ponía límite a la munificencia del Patrono, negándose en absoluto a autorizarle gastos para el convento, que no fueran absolutamente indispensables.

Y sin embargo, allí donde su caridad hacía falta no había sacrificio, ni solicitud, ni abnegación que no prodigara con una humildad y una ternura inefables.

No era raro ver a este joven pálido, de facciones distinguidas, continente noble, en que la modestia de la voluntad no había logrado desterrar las huellas próceres del linaje, haciendo los màs humildes oficios del convento, cuya suprema autoridad le estaba confiada; ó en medio de aquellos campos, en los días más rigurosos, socorriendo a algún desvalido, mediante el auxilio de sus piadosos brazos para llevarlo al convento, donde le prodigaba todo género de consuelo, y aquellas manos hidalgas lavaban humildes y solicitas, los pies rudos de los pobres caminantes, mientras aquel ros-

(1) Fr. Juan de San Bernardo, crónica de la vida admirable etc. de San Pedro de Alcántara—Nápoles 1667.

tro dulce y atrayente, curtido por la inclemencia de la intemperie, descarnado por las maceraciones y penitencias, se iluminaba de santa alegría consoladora que vertía bálsamos de ternuras en el alma de los desvalidos. (1)

He aqui por qué decíamos arriba que todos esos parajes estaban llenos de las huellas y los recuerdos de aquel Santo bendito; porque, desde la ermita de los Mártires hasta el *Polvorín*, fueron, durante aquellos años, todos los contornos regados con los ejemplos de piedad y abnegación heróica, de caridad fervorosa que fluían á raudales del corazón de este insigne hijo de Extremadura, y los tiempos, que han obscurecido los recuerdos y han arruinado ó modificado las edificaciones, no han borrado esos nombres que sirven, como de hitos, para desenterrar la historia de los sucesos. El nombre de los *Mártires*, desaparecida la ermita, queda vagando por aquellos contornos y se refugia en los hoyos de donde acaso se sacó el material para la edificación.

La huella de aquellos frailes benditos, tan grabada quedó en aquellos sitios, que todavía se conserva en el nombre que los viejos dan al puente, y el nombre titular del convento que el Santo fundó, «*San Gabriel*», queda aún flotando sobre las hondas del arroyuelo que fecunda aquellos campos, lamiendo la colina donde el convento se levantaba y regando su huerta.

Apenas estuvo terminada la iglesia del convento y algunas celdas, el joven guardián dispuso la instalación en ellas de la escasa comunidad, para en-

(1) Ob. cit.

El Polvorin.

tregarse con más ordenada tranquilidad a las espirituales perfecciones que ansiaba suscitar en sí mismo, en sus religiosos y en el pueblo. Al lado del convento se plantó, como hemos dicho, la huerta, y en ella se levantó por devoción especial del Santo, la capilla a San Juan Evangelista, rodeada de altos pinos, y allí se retiraba el joven guardián para entregarse, en solitaria libertad, a sus duras penitencias y a sus dulces arrebatos de ardiente oración, cuyo ejemplo propagaba en los corazones de sus religiosos el incendio amoroso de su piedad, distinguiéndose entre ellos por el intenso contagio de aquellas virtudes, aquel santo y heróico varón que se llamó Fr. Juan del Aguila, que fué mandado a América para secundar, en el orden espiritual, la conquista que hacía Hernán Cortés para España y para la civilización.

Un año más permaneció en el convento nuestro Santo, hasta que en 1522 determinaron sus superiores llamarle para conferirle las órdenes sagradas, que su humildad no se atrevía a pedir, ordenándose aquel mismo año de subdiácono, de diácono al siguiente, y en el de 1524, a los 25 de su edad, cantó su primera misa, siendo destinado inmediatamente a regir el convento de Nuestra Señora de los Angeles, devoción preferente suya, durante su vida entera, donde prosiguió edificando a las gentes con el ejemplo de su santidad.

A primero de febrero de 1531 la provincia Franciscana de San Gabriel celebró capítulo en Badajoz y resultó ser elegido provincial un hijo insigne de esta población, varón de extraordinarias prendas de virtud y saber, perteneciente a una de las fami-

lias más nobles entre las muchas de esclarecido linaje que entonces había en Badajoz; era uno de los contaminados del ardiente celo reformador de Fr. Juan de Guadalupe, cuya humilde piedad le llevó al punto de que más adelante, por los años 1540, cuando ya contaba 60 de edad y se veía falto de fuerzas para proseguir su ruda labor apostólica, se retiró a ser ermitaño en las tantas veces nombrada ermita de los *Mártires*, donde murió en opinión de Santo.

Al Capítulo que eligió provincial a este santo varón, asistió el insigne hijo de Alcántara, siendo esta la primera vez que volvía a Badajoz, desde su primera estancia en la ciudad. Apenas se apercibió la población de la llegada del Santo, se apresuró a pedir al nuevo provincial, con todo género de instancias, que le dejase de nuevo en el convento aquel dechado de virtudes.

No eran necesarios muchos esfuerzos.

Hijo cariñoso de Badajoz, el venerable provincial, no se resistió gran cosa a dejar en su patria tan esclarecido ornamento, y lo volvió a decorar con la guardianía del convento de San Gabriel que él fundó y aun ayudó con sus manos a construir. Habia además para esto otra causa que inclinaba en este sentido la voluntad del provincial. Vivía en Badajoz toda su noble familia, y entre los más cercanos parientes del P. Chaves figuraban dos sobrinos, hermanos y jóvenes, que vivían en solitaria orfandad. Eran éstos D. Juan y D.ª Isabel de Alvarado.

La dama era muy joven y de esclarecidas dotes de virtud; pero su hermano, no mucho mayor, noble y de gran fortuna, sin freno que contuviera los ímpetus de su edad, llevaba una vida de disipación

que inquietaba la tranquilidad del P. Chaves, al verse obligado a ausentarse por las obligaciones de su cargo. Esto le indujo a dejar al Santo especial recomendación de sus parientes, muy en particular de aquella noble joven, a quien tanto dejaba en abandono la disipación de su hermano. El Santo cumplió admirablemente el encargo de su prelado logrando hacer dos dechados de piedad de aquellos nobles jóvenes.

No fué grande su trabajo, para lograr tal victoria, respecto de D.ª Isabel, la cual, inclinada desde niña a la práctica de la más austera devoción, bastaron los ejemplos y consejos del Santo, para hacerla un manantial de santas perfecciones, consagrando a Dios su virginidad, y haciendo una vida de mortificaciones y oraciones que edificaba a cuantos la conocían. No ocurría así con don Juan, que, engolfado en sus diversiones, tomaba a manía risible las austeridades de su hermana, y en todo pensaba menos en escuchar sus consejos de que frecuentase su trato con el venerable guardián de San Gabriel.

Entre tanto las virtudes y abnegaciones de éste habían renovado el entusiasmo y admiración que toda la ciudad le profesó siempre. Llegó la cuaresma y Pedro, incansable, prodigó en los púlpitos de la ciudad la sagrada elocuencia de su palabra enardecida, y no había templo capaz de contener las multitudes ansiosas de escucharle. La curiosidad, más bien que la devoción, llevó un dia a D. Juan, atraído por la espectación general, al templo donde Pedro predicaba, y como era imposible oirle sin sentirse atraído del irresistible encanto que había

en aquella palabra, tan caldeada por el fuego del amor divino, D. Juan sintió vehementes deseos de hablar más de cerca y comunicarse más íntimamente con aquel hombre que de tal modo sabía hacer sentir á los demás el santo tesoro de amores celestiales que había en su alma. No fué necesario más; a poco de tratar al Santo, tan radical fué el cambio de su vida y costumbres, que hasta se resolvió a entrar en religión; pero aquel no se lo permitió, induciéndole a tener en cuenta que no debía dejar abandonada en el siglo a su joven hermana; por lo que se hizo sacerdote secular, vendiendo, al tomar el nuevo estado, todas las alhajas y lujosos trenes y boatos que ostentó en el mundo, dando su importe á los pobres y haciendo, en unión de su hermana, desde allí en adelante, vida tan penitente y devota, tan humilde y caritativa, que ambos murieron en opinión de Santos por el año 1569. (1)

Al año siguiente abondonó nuestro santo la ciudad, porque la obediencia le obligó a marchar al pueblo cercano de La Lapa, donde fundó el convento de San Onofre, cuyas cuatro ermitas fueron teatro de nuevos raptos de piedad y heroismo de virtud; y estando allí parece que fué inducido por el noble caballero de Plasencia D. Rodrigo de Chaves, a escribir el famoso libro de «Oración y meditación», que tan bellos frutos espirituales llegó a producir; aquel dulce y hermoso libro que tan decisiva influencia

(1) El P. Fr. Juan de San Bernardo en la Ob cit pone el 1529, pero debe ser una errata porque dice, á los 38 años de su conversión y esta, por el tiempo que estuvo San Pedro en Badajoz en esta ocasión, fué en 1531, con lo que sale justa la cuenta de 1569, cambiando el 2 por 6.

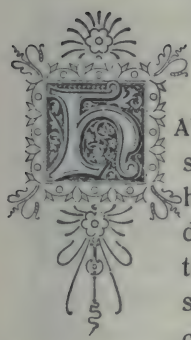
obró en el ánimo real de Cristina de Suecia (1) para consumar su conversión y donde tantos consuelos cuenta haber disfrutado el alma piadosa de Santa Teresa de Jesús (2). El aroma de santas virtudes que atesoraba el glorioso Descalzo se extendió de sus humildes retiros á todos los ámbitos de España fué luego elevado, a pesar de la resistencia de su humildad, a las más altas dignidades de la Orden; teniendo que alejarse de aquí, si bien repetidamente volvió, largas temporadas, a fundar nuevos conventos en villas y lugares cercanos a Badajoz, donde lo conoció y reverenció con gran entusiasmo el insigne obispo Juan de Rivera y el P. Granada, que por sus consejos escribió también el libro de «Oración y meditación», que lleva su nombre y que algunos han confundido con el del Santo. Fueron tan insignes sus virtudes y su piadoso celo, que la gloriosa Santa Teresa acudía a él como su más firme amparo espiritual en todas sus tribulaciones, ya que nuestro Santo podía ser maestro consumado en el arte de combatirlas, por la firme constancia con que venció cuantas se opusieron a la obra reformadora que realizó en la Orden Descalza; y acabada victoriosamente aquella misión que hizo de la Orden un nuevo plantel de Santos, rindió su alma con asombrosa y edificante resignación en su convento de Arenas, a los 63 años de su edad.

---

(1) Fr. Juan de San Bernardo, trae las palabras de la reina al folio 106 de su crónica y dice haberlas oido él mismo de boca de uno de los cardeuales ante quienes las pronunció.

(2) Son tan múltiples y repetidos los pasajes de la Santa en las *Moradas*, en su *Vida*, en sus *Fundaciones* y en sus *Cartas* donde hace referencia à esto, que considero inútil su enumeración.

El Divino Morales



AY en Badajoz una calle muy luminosa, muy alegre, de suave pendiente hacía el rio y cuyas casas bajitas, modestas y blancas, habitadas por gentes humildes y laboriosas, dan la sensación de una añoranza, una reminiscencia de cómo sería Badajoz en tiempos pasados. En sus esquinas se lee este nombre: «*Morales*,» y en la parte de muralla que dá frente a la desembocadura de la calle, se levanta una edificación pequeña y fuerte, de techumbre piramidal, cuyo destino actual no fué sin duda el móvil que inspiró su edificación.

Las gentes antiguas llaman todavía á aquel edificio «*Pajarito*» y este nombre se emplea aún para designar todas aquellas cercanías.

Vamos a dar explicación sucinta de estos singulares detalles, que suelen ser objeto de interés para las personas curiosas que visitan la población y lo tienen en efecto muy grande, porque se relaciona con la vida de los hombres más insignes de cuantos han nacido y vivido en Badajoz: el Divino Morales;

al cual se debe el nombre que tiene la calle (1) por haber nacido y vivido él en ella; y la construcción de ese edificio, porque se levantó por su causa, como luego veremos. En una de aquellas casisitas modestas y blancas, y por los ámbitos de esa calle ámplia, luminosa y alegre, discurrieron en efecto los años infantiles y mozos del gran pintor; sus padres eran unos labradores medianamente acomodados, de no muy grandes caudales ni alta nobleza, puesto que, desde muy joven, vive Morales del producto de sus cuadros, sin otros cargos ni honores, (2) pero tampoco desprovisto en absoluto de algunas heredades en el campo (3) que le producían lo necesario para vivir decorosamentc dentro de esa modesta y no mal acomodada clase de labradores, que desde algunos siglos atrás, hasta mediados del anterior, vivió siempre en esa calle, dando lugar, con tal persistencia, a que se conserve tan puro en ella ese aspecto antiguo y aldeano que hoy ofrece. Sin embargo, el movimiento, ya entonces iniciado y rápidamente proseguido después por la población hacia el Sur, despoblándose por completo el espacio comprendido dentro de las murallas del Castillo, ha hecho que, ya desde algunos centenares de años aca, esa calle resulte muy apartada del centro más animado y de mayor vida de la población.

---

(1) Sean Bermudez-T III.

(2) En cuenta de los libros de la Catedral y recibos de algunas iglesias figuran cantidades pagadas por sus obras á Luis Morales, pintor, sin otro título ni tratamiento.

(3) En libro 3.º de Acuerdos del Cabildo de los que se conservan en esta Capital de Badajoz, se habla en un acta de 1575 de la sesión de una reseña hecha por Luis Morales, pintor, y en el Archivo notarial tenemos noticias de que hay escrituras,

Calle de Morales.

No ocurría así, por cierto, en los tiempos de Morales. Todavía por entonces había mucha población en el Castillo y no toda de inferior condición, puesto que allí estaban, habitados aún por sus nobles dueños, palacios tan suntuosos como el de los condes de Feria, cuyas ruinas perduran.

Pero ya se había iniciado, como digo, la tendencia, aun entre la misma nobleza, que entonces era muy numerosa en Badajoz, a edificar sus viviendas en los amplios terrenos, todavía entonces poco habitados, que cercaban las nuevas murallas, no terminadas por completo en aquellos tiempos.

Asi se encuentra en aquella época, frente a la actual ermita de la Soledad. el amplio palacio de los marqueses de la Lapilla, donde se hospedó Felipe II el año ochenta de aquel siglo, y paralela a la calle de Morales, la entonces aristocrática calle que formaban las viviendas de los Chapines, Solís, Chaves, Moscoso y otros notables de abolengo.

Era por tanto entonces la calle a que nos referimos, como el punto en que se dividían las dos poblaciones y por donde se comunicaba la mayoria de la población del Castillo, de la plaza y de todos los barrios orientales, con el rio, por la puerta, recién abierta entonces, en la nueva muralla, que por eso se llamó Nueva, y así sigue llamándose hoy, apesar de ser la más vieja de todas las abiertas en la muralla moderna. Quizás por esta razón, se llamaba entonces calle del Agua. según dice la tradición, la que luego se llamó de Morales, en memoria del insigne artista.

Allí nació nuestro pintor, hácia la primera ó segunda decena del siglo XVI y no hay noticia de que

viviese en otra parte en toda su larga vida, que transcurrió en Badajoz, con intérvalos cortos de no muy numerosa ausencias.

En esta calle tan amplia, tan pasajera y animada por entonces, y en la no muy lejana Plaza Alta contemplaron sus ojos atónitos de niño los conmovedores y lujosos pasos de la pasión, que se hacía en aquel tiempo con gran pompa y piedad por las cofradías de la Iglesia de Santiago del Castillo, que o salía por la llamada Puerta de Cerros, o se recogía por allí, para aprovechar las anchuras de la calle en los *encuentros* y demás ceremonias de esos días, poniendo ante su vista aquellos conmovedores episodios que, andando el tiempo, había de trasladar con tan viva emoción a las tablas que pintara. Era aquella una época de encendido fervor religioso en Badajoz; lo demuestra la manera extraordinaria de multiplicarse en la ciudad y sus contornos el número de santuarios, ermitas, conventos y beaterios. Había en efecto razones para que la piedad de este pueblo se sintiera animada de inusitados entusiasmos.

Por los primeros años de aquel siglo, el apostólico reformador de la Orden Franciscana, Fr. Juan de Guadalupe, había hecho sentir la influencia de su ardiente celo, por la ciudad y pueblos de la diócesis y poco después, durante la niñez de Morales, fué cuando el ascua de amor divino, que abrasaba el santo pecho de Pedro de Alcántara y de sus compañeros, difundía por primera vez su incendio a las almas de cuantos habitaban en la ciudad. Precisamente en la calle de Morales está la casa de los Solis, (1) aquel piadoso matrimonio que fué patrono del

(1) Todavía tiene un sol en la puerta; hoy es del Municipio.

convento de San Gabriel, que San Pedro vino á instalar, como en otro lugar referimos.

No satisfecha con esto la piedad de aquel acaudalado matrimonio, resolvió fundar luego un convento de Dominicos, y a dirigir la fundación vino el insigne Fr. Luis de Granada, difundiendo durante algún tiempo en la ciudad las luces de su ungida elocuencia, en el nuevo convento de su Orden, cuyo hermóso templo perdura aún abierto al culto. Poco después de mediar el siglo, las virtudes y fervores santos del B. Juan de Ribera florecieron durante ochos años en la sede episcopal, y sabido es que, después del año 31, en que volvió a residir San Pedro Alcántara en su convento de San Gabriel, durante varios años, obrando en el espíritu religioso de la población los prodigios de que en otro lugar hablamos, este Santo no dejó, durante mucho tiempo, de frecuentar la ciudad, con motivo de las fundaciones que realizó en los pueblos cercanos, en uno de los cuales escribió su maravilloso libro que fué en Badajoz una prolongación del efecto de su palabra.

En el, como en su elocuencia, se contagiaban los espíritus de aquella ardiente piedad que el Santo excitaba, poniendo ante los ojos los raudales de amor que Dios deja sentir a los hombres en las amarguras de la pasión, la más ardiente de las devociones de este Santo, la que con más intensidad difundía en las almas, atrayéndolas a la penitencia y a la contemplación de las divinas abnegaciones que también se manifiesta en los sagrados martirios. Estas circunstancias hicieron de Badajoz una población llena de entusiasmos piadosos y contemplativos, donde bebió aquellos raudales de arrebatadora unción,

que vertía á torrentes en sus cuadros nuestro artista.

Y no era este solo el aspecto en que, por aquellos tiempos, florecía Badajoz. Había también un gran entusiasmo por el cultivo de las artes y de las letras; no tenemos noticias ciertas de que, concretamente, en el cultivo de la pintura, se tuvieran entusiasmos, durante la niñez de Morales, iniciándolo en los rudimentos de su arte y despertando su asombroso genio; pero indudablemente debió haberlo, abundando tanto los conventos donde tan frecuente era encontrar religiosos, que, sin llegar á grandes maestros, tenían gran afición y a veces necesidad de pintar tablas, para los múltiples conventos y santuarios de todas clases y categoría que se erigían a diario. Y no sólo entre los religiosos, sino entre los seglares debió haber cultivadores de este arte, porque era época de entusiasmos artísticos, tan intensos, si cabe, como el religioso, y no es fácil que este arte fuera una excepción. La literatura, la música y el arte escénico, es evidente que tenían entusiastas y notables cultivadores en Badajoz, durante todo el transcurso de la vida de Morales.

Al palacio de los condes de Feria concurrían los poetas y los músicos más notables de entonces; allí recitaba sus *decires* amorosos Torres Naharro, allí cantaba sus melancolías Garci-Sánchez de Badajoz, aqnel loco singular, músico y poeta, que tanto admiró a sus contemporàneos con su inspiración y sus rarezas y allí fué donde el inspirado poeta Gregorio Silvestre, (1) paje de los condes, desde la edad

(1) Pedro de Cáceres Espinosa. Prol. á la id. de la obra de Gregorio Silvestre 1599.

de catorce años, sintió nacer sus aficiones á la música y la poesía, las dos artes que han hecho pasar su nombre á la posteridad. En este palacio también, aunque en tiempos algo posteriores a esos, y estando Morales en la plenitud de su vida, se representaron algunas farsas de Diego Sánchez de Badajoz, poeta fecundo, gran amigo de estos magnates y autor de multitud de obras escénicas alusivas a asuntos religiosos que se representaron en la Catedral de Badajoz, los días de Navidad y otras fiestas, o en los tablados que junto a los muros de dicho templo o en las demás plazas públicas se levantaban el día de Corpus. (1)

Basta leer los numerosos *introitos* y composiciones líricas de este poeta (2) alusivos a la vida de la localidad entonces, para formarse idea del ambiente de hondo entusiasmo artístico y religioso que dominaba a todos los espíritus en este breve recinto; no es pues extraño en manera alguna, la vocación genial de nuestro gran pintor.

Quizá por no tener en cuenta sus biógrafos esto, no se explican bien los singularísimos rasgos de la inspiración de Morales y se esfuerzan por buscar relaciones de sus cuadros con los de los grandes pintores de su tiempo, a fin de averiguar cuáles fueron sus maestros; pero por este camino no los encuentran, porque, si bien en algunos cuadros de su primera época se notan semejanzas con los maestros italianos, sobre todo Miguel Angel, (3) luego, en

(1) López Prudencio.—Extremadura y España. Pag. 154

(2) Barrantes.—Libro de Antaño.—XII P. de Diego Santa II.

(3) Mariett.—Abecedario.

la plenitud de su desarrollo artístico, no vuelve á advertirse tal semejanza, que seguramente, cuando la hubo, no nació de aprendizaje directo, sino de admiración lejana en copias y modelos, porque son tan multiplicados y seguidos en fechas los datos de la permanencia de este artista en Badajoz, que no se puede, con fundamento alguno, asegurar que estuviese en Italia; lo más que se puede suponer es que estuviese en Toledo y Valladolid, en sus primeros años de aprendizaje.

Pero después aparece firmando siempre sus cuadros en Badajoz. Y no es raro que, en medio de aquella sociedad tan fervorosamente piadosa, un espíritu tan hermoso como el de Morales, se desbordara en torrentes de inspiración encendida por los ardientes amores que brotan ante las torturas divinas de nuestra redención.

Asi ocurrió que nadie ha podido superarle en sinceridad y fuerza, para trasladar a los cuadros todas las angustias, todos los dolores que los pecados de los hombres pusieron en los horrendos martirios de Cristo y la desgarradoras penas de su Santa Madre, en todos los momentos de la sagrada Pasión. Morales no necesita pintar sobre el pecho de sus dolorosas la figura simbólica del corazón traspasado por siete espadas, para que en el velo de inmensa tristeza que cubre sus rostros melancólicos, en el fulgor de aquellas lágrimas brillantes, que parecen estar abrasando la fina seda de aquellas mejillas pálidas y lucientes, en la crispación que parece temblorosa de aquellas manos cruzadas, se adivinen todas las espadas y puñales posibles de los pecados del mundo, haciendo pedazos aquel corazón hendido;

así como le basta el sóbrio busto de sus Ece Homos para dibujar en aquella expresión ardiente y resignada, en aquellas gotas de sangre rutilantes, en aquel cabello oprimido por la corona de espinas y apelmazado por la sangre de las heridas, y aquella mirada piadosa de perdón, para hacer sentir toda la inmensidad amorosa del Hijo de Dios y toda la crueldad refinada e ingrata de los hombres.

Tan excelsas dotes, manifestadas en multitud de obras inmortales, no tardaron en llevar la fama de su nombre, ya glorioso, a todos los ámbitos de España apellipándosele el *Divino*, por lo que el rey Felipe II lo llamó a Madrid con objeto de que hiciese cuadros para el templo del Escorial, que por entonces se construía; y allá fué Morales con ese propósito, pero, a lo que parece, no tuvo la fortuna de agradar al rey, según algunos, a causa del boato y lujo con que se presentó en la Corte;(1) lo cierto es, que no se sabe que pintara nada para el Escorial, sino solo una tabla de la calle de la Amargura, la cual, por disposición del rey, se colocó en la iglesia de San Gerónimo y no en el famoso Monasterio.

Después de este suceso, cuyos detalles y circunstancias son tan obscuros y dudosos, no se tiene noticias de que volviese a salir de Badajoz, donde proseguía pintando cuadros admirables (2); pero los días fríos de la vejez se acercaban y al gran maestro comenzaba a faltarle la vista y el pulso, tan indispensable para su sistema minucioso y exacto de

(1) Cean Bermudez.—Gib Cid Palomino.—Práctica de la Pintura.

(2) Cean Bermúdez.—Ob. cit.

detallar las figuras, lo cual ya no le permitía producir obras con aquella abundancia antigua, que tan pingües ganancias le había rendido en otro tiempo; y aunque tuvo un hijo, llamado Cristóbal, también dedicado a la pintura, su pincel no pudo jamás compararse con el del padre, y por tanto no pudo suplir, con sus productos, la deficiencia que la imposibilidad física de trabajar mucho, trajo a la fortuna del gran maestro. Su situación en la vejez debió llegar a ser muy apurada, según lo demuestra el episodio que la tradicción refiere haber ocurrido entre él y Felipe II, cuando por el año 80 de aquel siglo, con motivo de la conquista de Portugal, estuvo tanto tiempo en Badajoz este monarca.

Parece ser, que, al verle el rey tan acabado, le dijo; «Muy viejoestais Morales.» – Y muy pobre, Señor – respondió con desconsuelo el anciano; y el Monarca, ante aquella manifestación, conmovido, ordenó que se le señalase una pensión de 300 ducados mientras viviese (1) con lo que, al menos, se librara de la miseria los últimos años de aquella vida gloriosa.

Poco duró ya Morales. Est oocurría por el año 80, y el 86 terminaba sus días en la misma ciudad y en la misma calle que le vió nacer; pero, poco antes de su muerte, la tradición cuenta un suceso curioso que tiene relación con esa casita pequeña, de corte prismático y techumbre piramidal, situada en la desembocadura de la calle, y que mencionábamos en las primeras líneas de este capítulo.

Parece ser que, estando ya casi ciego, encontróse un día con el obiso, el cual le habló con cariñosa

(1) Lo comprueban las fechas de los que se conservan.

solicitud y quiso consolar al gran artista en su abatimiento, exhortándole a que tuviese confianza en Dios.

Yo la tengo—respondió Morales—y creo que me devolverá la vista para que haga el último cuadro que pienso dedicar a su Santa Madre.

Y así ocurrió; pocos días después, el anciano sintió renacer su primitiva inspiración, sus ojos recobraron la vista y con febril entusiasmo se puso a pintar una tabla maravillosa, en que trazó una imagen de la Virgen María, en torno de la cual revoloteaban alegres unos pajarillos que parecían cantar sus alabanzas en alborotados trinos, y apenas terminó su obra, el gran maestro exhaló su postrer suspiro mirándole embelesado.

Dícese, que admirados todos del prodigio y absortos ante la perfección de aquella postrera creación del maestro, acordó el Concejo de la ciudad construir una capilla para el cuadro, en las cercanías de la casa donde se obró el suceso, para que perpétuamente lo recordaran los hijos de esta Ciudad; y en esta capilla se veneró efectivamente la Virgen de los Pajaritos, como le llamó siempre el pueblo, hasta que los ingleses en 1811 se llevaron éste como la mayor parte de las numerosísimas tablas de Morales que existían en la ciudad.

Desde entonces la referida capilla y sus cercanías se siguen llamando «Pajarito» denominación que durante mucho tiempo se ha dado a todo aquel barrio.

La pintura de Morales murió con él definitivamente; tuvo muchos discípulos que pretendieron imitarle, pero ninguno logró acercarse, ni con mucho, al maestro. A sus discípulos e imitadores pertene-

cen sin duda esos numerosos «Ecce Homos» que abundan en nuestras iglesias, sanguinolentos y terroríficos, donde aspirando a expresar las sublimes emociones del martirio divino, que tan maravillosamente interpretó el maestro, solo han logrado hacer hórridas caricaturas sombrías que más bien infunden áspera impresión de desagrado físico que emoción alguna, ni artística ni religiosa. Solamente su hijo produjo algunas obras, que sin llegar a ser notables, recuerdan vagamente la inspiración de su padre y algunos, poco expertos, han llegado a creerlas de aquel. Una de ellas me parece que està en la parroquia de San Andrés, donde también hay un retablo compuesto de nueve tablas que los inteligentes han atribuído a Morales, así como algunas otras tablas que existen en la Catedral y que recientemente han sido coleccionadas en la sala capitular de dicha iglesia por el culto Lectoral de la misma, D. Tirso Lozano Rubio.

Solo un discípulo de Morales logró aprender del maestro la exquisita delicadeza del color, pero reconociéndose incapaz de emplearlo para expresar los afectos espirituales que con tan íntima verdad y emoción traducía el maestro, lo empleó para pintar la naturaleza nuestra, haciendo bellísimos cuadros de flores y frutas.

Este discípulo, que acompañó a Morales en sus últimos años, se llamó Juan Labrador, del que hay algunos cuadros en Badajoz.

Pajaritos.

Johnson

Rodrigo Dosma

ACIA las dos últimas decenas del siglo XVI, aquel intenso fervor piadoso y ascético que vimos florecer en Badajoz en los tiempos de las predicaciones de Pedro de Alcántara, del P. Granada y del ardiente celo del obispo Juan de Rivera, se iban calmando en sus ímpetus, oreándose los espíritus con ese vaho de profanidad mundana que llevan siempre consigo, y dejan tras de si, las cortes de los reyes, aunque éstas sean tan austeras como lo fué la de Felipe II.

Casi todo el año ochenta de aquel siglo, y parte del ochenta y uno, estuvo en Badajoz este poderoso rey con su familia y su séquito cortesano, y poco tiempo antes había también estado aquel soñador rey D. Sebastián de Portugal, cuando se preparaba a la loca aventura que le costó la vida.

Por aquella época, frente a la puerta de San Blas de la Catedral, había dos ámpiios caserones, recientemente, por entonces, reformados, para ser morada de un hombre singular, de exquisito y noble gusto y gran fama de cultura y talento.

Este hombre era un canónigo; pero un canónigo de aquel tiempo; hombre docto, elegante y lujoso, aficionado a todas las explendideces que su rango noble, su gerarquía y su gran fortuna le permitían ostentar.

No faltaban en su casa los detalles que el buen gusto de la época demandaba; pero además había en ella gran abundancia de libros y, sobre todo, un verdadero museo de joyas arqueológicas, algunas de extraordinario valor artístico y material. (1)

No era, pues, nuestro canónigo, hombre de relajadas costumbres, ni mucho menos, pero en su vida amena y confortable, se advertía bien aquel ambiente de explendores que había llevado, en los principales centros de Europa, hasta a las esferas más altas de la iglesia, el refinamiento de los gustos renacientes.

Y era así en efecto. D. Rodrigo Dosma, que así se llamaba el canónigo, a que aludimos, había nacido en Badajoz el año 33 de aquel siglo, precisamente en la época dorada de encendidos fervores religiosos y entusiasmos artísticos de Badajoz, en que comenzó a lucir el genio de Morales; pero, apenas llegó a la juventud, partió de la capital para hacer sus estudios universitarios y después recorrió los principales centros de cultura de Europa.

No era, pues, aquel boato y amenidad de su vida, efecto de la ufanía que experimentara por el cargo, ni por sus pingües rentas; él había nacido y se había criado sin escaseces, y además, antes de venir a ser canónigo de Badajoz, había desempeñado una cáte-

(1) Véase su testamento, donde enumera los enseres y mobiliarios de su casa.—Ed. Comisión de Monumentos pág. L. L.

dra en la Universidad de Salamanca (1) y se había dado a conocer, como hombre de gran valía, entre los más renombrados de entonces, recibiendo de ellos grandes muestras de consideración y estima.

Fué la primera el ascendrado amor que siempre manifestó a su pueblo. En el largo período de sus ausencias, nunca dejò de pasar sus temporadas en Badajoz para satisfacer sus aficiones a la tierra que le vió nacer (2) y la prueba más concluyente de esto, a parte de sus disposiciones testamentarias, es aquel ardor con que se entregó siempre a desenterrar la abandonada historia de esta ciudad.

Un hombre como el Dr. Dosma, que había llegado a adquirir tan extraordinaria e intensa profusión de conocimientos, sobre todo teològicos y escriturarios, por su maravilloso dominio de las lenguas clásicas y orientales, y que no tenía nada de modesto, (3) revela un extraordinario amor al terruño, consagrándole vigilias y esfuerzos que, invertidos en otras materias de su erudiciòn, podían dar mucha más universalidad al respeto y consideración de su fama.

Y no es que descuidase hacer obras sobre aquellas otras materias, sino que parece haber puesto en éstas, en sus hallazgos arqueológicos y en la publicación de sus investigaciones sobre su patria chi-

(1) Lo asegura en su Memoria Histórica D. Santiago Madrazo y existen los datos en el archivo de Salamauca, según su testamento.

(2) Solano y Gil González aseguran sus viajes por Europa. Barrantes en su prólogo a los Discursos Pátrios asegura que antes del 60 estuvo en Badajoz.

(3) La lectura de su testamento comprueba bien esta afirmación.

cá, más esmerado empeño y prisa para que salieran a la luz pública.

Y el otro mòvil que impulsó a Dosma a retirarse definitivamente a Badajoz, quizás fuese cierto amargo cansancio, cierto desengañado hastío, que le produjeran las grandezas de las altas y famosas reputaciones vistas de cerca.

Al menos se advierte en sus escritos, y hasta en la lectura de sus testamentos, una displicencia de caracter que no le acreditan de hombre muy asequible y tratable.

Hay para considerarlo así una circunstancia muy significativa. Había, como antes dije, por entonces en Badajoz, un ambiente de culta profanidad muy en armonía, por cierto, con las aficiones regaladas que se manifiestan claramente en la vida que hacía nuestro canónigo, entregado a las nobles delectaciones de sus estudios, en su confortable vivienda de Badajoz y en sus amenas casas de campo. Nada tan propicio como aquel ambiente, para que hombre de tales condiciones resultara muy visible y estimado entre sus convecinos, por la frecuencia de su comunicaciòn con él.

Pero resulta todo lo contrario; la permanencia de la corte, y la asistencia de poetas y hombres de letras en la ciudad, hicieron de su pequeño círculo, un recinto ameno donde confraternizaban los cultivadores de todas las gentilezas y donde los maestros en las ciencias y en las letras disfrutaban de expresas admiraciones mútuas.

Sin embargo, no se advierte indicio de que su figura ocupara puesto alguno en aquel cuadro, que

tan adecuado marco tenía para las condiciones de su espíritu culto y exquisito.

Y para afirmarlo así, tenemos razones muy atendibles. La musa romántica y retozona del poeta Romero de Cepeda nos ha dejado, en sus composiciones, datos bastantes para figurarnos en la mente, la vida de la ciudad en aquellos días; aquella vida cortesana y sentimental de galanteos y de cultura donde los sabios, los poetas y los poderosos bullen y se mueven en torno de damas y de reyes como en un versallesco minué. En la heterogénea profusión de producciones de este poeta encontramos también motivos para asegurar la fraternal convivencia, íntimo trato y mútuas admiraciones que había entre los hombres de letras de la ciudad.

El maestro Galindo, sabio preceptor de latinidad que inició en humanidades a toda la juventud pacense del último tercio de aquel siglo, manifiesta juntamente con el Br. Carreto y el docto fray Pedro Romero las admiraciones y estima que tienen para este poeta dedicándole poesías en la portada de su «*Conseva Espiritual*», y a su vez el poeta se consagra a rimar todos sus afectos y todas sus emociones, sin dejar en olvido detalle alguno interesante.

La virtud y el saber del caritativo y docto Magistral D. Juan de San Clemente fueron por él celebrados con un entusiasmo que parece ser el eco de la poblaciòn, apenada por la próxima ausencia de tan eximio varón, cuando fué promovido a la silla episcopal de Orense.

El patriarca de Antioquía, que acompaña al rey, tiene a su lado al famoso músico Hernando Contreras; nuestro poeta deja impresa la huella de su paso

por aquí, en un soneto entusiasta que dedica a su inspiración. En un romance nos dejó él, y en una carta al magistral San Clemente, la crónica de aquella postrera visita que hizo el rey D. Sebastián a Badajoz, poco antes de partir para su aciaga aventura; y la piedad del rey Felipe, en detalles como ir descubierto soportando los rigores de la estación en la procesión del Corpus, y las victorias de sus armas y entrada triunfante en Badajoz, el mismo poeta nos la canta en sus sonetos.

Con los reyes vinieron el duque y la duquesa de Berganza, el duque y la duquesa de Segorve, la espiritual y encantadora D.ª Luisa de Castro, dama de la princesa de Portugal, y al lado de aquella infortunada reina de España que había de ver en esta ciudad el término de sus días, venía la noble y encantadora D.ª Magdalena Girón, su dama predilecta que, antes de ver morir a su reina, había de sentir aquí desmoronarse el castillo de sus ensueños con la muerte del enamorado y galán duque de Avero.

Todo esto tiene eco en la lira de aquel poeta que a los pies de aquellos poderosos próceres, de aquellos sabios y artistas, derrama a manos llenas los tesoros de sus entusiasmos y admiraciones.

Sin embargo, ni el poeta ni sus amigos hacen jamás una sola mención, ni la más vaga referencia a nuestro docto canónigo, a pesar de vivir entonces con ellos en la ciudad.

Si se tratara de persona más modesta, más humilde y oscura que Rodrigo Dosma, pudiera esto atribuirse a que se ocultara y sustragera a la vida cómoda y brillante de la corte, para pasar desapercibido; pero esto no es verosímil en Rodrigo Dosma,

que, por cierto, no se distingue, ni por tímido, ni por sóbrio, para sus lujos y boatos.

Ni la posición, ni el linaje ni la gerarquía de Dosma dejaban de ser propicias para que su personalidad se hiciera notar a la corte entre las más salientes de la población; pero sobre todo, su vasta cultura, tan extensa y nutrida precisamente en aquel aspecto que más podía interesar en aquellos cortesanos cuyas treguas en las ocupaciones palaciegas, en una población desconocida, habían de invertirse, o en escarceos artísticos, como los que podía ofrecer la lira de Romero de Cepeda y la inspiración de Hernando Contreras, o en curioseos turistas sobre las antiguallas y recuerdos del pueblo, y en esta parte nadie podría ofrecer tesoros más copiosos que Dosma.

Seguramente, a haberse hecho entonces notar su competencia ante la corte y el mismo rey, debió el título de cronista de Felipe II, como le nombran casi todos los autores de su tiempo. (1)

Es, por tanto seguro, que nuestro canónigo figuraba entonces en Badajoz, entre las figuras de mayor relieve, pero indudablemente no era persona que disfrutara de popularidad entre los hombres de letras, cuando tan absoluto silencio guardan respecto de él, ellos que tan propicios se manifestaban a celebrar cuanto, por cualquier estilo, les parecía notable.

Parece esto indicar, como digo, que no era hombre muy comunicativo para los cultivadores de las letras en la localidad; pero no se puede decir otro tanto respecto a las grandes eminencias españolas,

(1) Barrantes, Loc. cit.

puesto que el Maestro Gil González Dávila refiere haberlo tratado con bastante intimidad y haber leido él mismo la carta en que Arias Montano, el sapientísimo hijo de Fregenal, le pide opinión sobre sus libros; así como también el Maestro Serna le escribe pidiéndole noticias sobre las doctrinas del famoso Pedro de Valencia, el íntimo amigo y discípulo de Arias Montano, a quien seguramente trató nuestro canónigo, que tan considerado era por el maestro; consideración de que disfrutaba hasta en Portugal, desde donde los escritores hacían viajes expresos para oir sus enseñanzas y consejos. (1) Y no es que evitara la familiaridad y comunicación con literatos y poetas. porque, dedicado a ciencias más altas y graves, desdeñara estos amenos escarceos del espíritu, puesto que, lejos de eso, también, aunque con poca fortuna, metió su baza en lo de hacer sus versos alguna vez. (2)

Pero indudablemente no era este el camino por donde Dios le llamaba, y fué poco obstinado en seguirlo, según los escasos indicios que de ello ha quedado.

Sus aficiones favoritas eran muy diversas, y en ellas consumió todo su esfuerzo intelectual, pues a ellas se entregaba con un ahinco y entusiasmo dignos de toda ponderación.

Lástima que su asíduo y desmedido afán de pulimentar y corregir y adicionar sus obras, con las nuevas adquisiciones de su incesante labor estudiosa, hiciese que casi todas quedaran inéditas a su muerte, dejando el encargo de su edición a albaceas

(1) Discursos Patrios—pág. 22. Ed. cit.

(2) Barrantes L. cit.

que no pusieron en ello gran diligencia; pero la enumeración de esas obras en su testamento y la más completa y detallada que está en el privilegio para su publicacion, nos da idca de la prolija labor de este sabio canónigo y de la extensa y múltiple amplitud de su erudiciòn, que se extiende al campo de las ciencias, físicas matemáticas, filosóficas, teológicas y escriturarias, sin dejar las artes, como la poesía, la música, de la que también escribe un tratado, la gramática, la retórica y la historia.

Hombre de tan nutrida sabiduría y extraordinarias prendas no es raro que hiciera un gran papel en el cabildo a que pertenecia, y así se acredita cumplidamente en las árduas y delicadas misiones que se le confiaron durante los veinte años, poco más o menos, que a él perteneció, siendo el alma del sínodo que se celebró en el año 1583 y la persona de más allegada confianza del obispo La Madrid.

Sería, sin embargo, incompleto el cuadro de la fisonomía moral de este notable hijo de Badajoz si no consignáramos que no era solo la sabiduría y la afición al estudio lo que avalora su mérito y el derecho que tiene al respeto de la posteridad. No era, es verdad, hombre en cuyo pecho ardieran aquellos fervorosos ímpetus piadosos que caldearon las almas de los badajocenses en los tiempos de su juventud, ni los incendios caritativos que iluminan las huellas que, en Badajoz, dejaron el B. Juan de Rivera y el magistral San Clemente, pero era hombre de fé acendrada y firme, como lo revelan sus obras y su testamento; y sin ser limosnero, (1) cosa que no

(1) Vid, su catálogo episcopal act. L III· Ed. Comisión de Monumentos de Badajoz.

se avenía con las asperezas de su carácter, no olvidó su deber de invertir en obras piadosas, durante su vida, una parte de sus rentas (1) destinando a ellas a su muerte la parte más cuantiosa de su caudal.

Así se desprende de su testamento. Aparte de otras fincas rústicas y urbanas de gran valor, poseía Dosma dos casas en el segundo tramo de la calle de San Blas «*Abaxo de la esquina*—dice en su estamento,—a la vuelta de las mujeres de la penitencia.» Todavía en el interior de la casa número 23 de la actual calle del Dr. Lobato se ven los arcos y las bóvedas que denuncian haber formado parte del edificio a que se refiere Dosma, y a cuya espalda estaban las casas que poseía en la calle de San Blás.

Durante toda su vida, destinó íntegras las rentas de esas casas para limosmas de ese monasterio; y a su muerte se las dejó como herencia, para que las convirtieran en iglesia donde habían de colocar su sepultura y sus lápidas arqueológicas, cosa que, como otras muchas, no cumplieron sus testamentarios.

Pero la más importante y de más trascendencia, entre todas sus disposiciones testamentarias, fué el legado que hizo de las dos grandes casas que habitaba y de un tercio de sus rentas para la fundación del Seminario, que, al cabo de algunos años y con este fundamento, se instaló en dichas casas donde estuvo hasta que se trasladó al sitio que hoy ocupa.

El 8 de Agosto de 1599 murió cristianamente el famoso canónigo en Badajoz, y al día siguiente se

(1) Así lo declara en su testamento.

El Seminario.

habría su testamento ante el corregidor Antonio Dávalos para cumplir esta cláusula testamentaria de que se verificara la apertura antes de enterrarle; pero quizás fué la única que se cumplió con exactitud, porque la fundación del Seminario se dilató cerca de un siglo, la incorporación de sus casas al monasterio no llegó a hacerse, y la impresión se hizo de sus obras, tan tarde, tan incompleta y tan imperfecta, que su nombre apenas se conoce entre los eruditos del día.

El Brocense

L año 1543 tuvo para Badajoz un día de explendor inusitado que suspendió de admiración y asombro el ànimo de sus pacíficos vecinos. El palacio del duque de Medina Sidonia brillaba como un ascua de oro a fuerza de lujos suntuosos y opulentos, «las colgaduras eran de seda matizadas de oro; los bufetes y camas de plata; los demás ajuares todos del mayor precio,» los ojos atónitos de la muchedumbre se extasiaban en aquellas magnificencias que miraban absortos desde la ancha plazuela, que estaba ante el palacio. Acababa de llegar la deslumbradora comitiva que acompañaba al Duque.

Los grandes señores que la componían con sus sèquitos y familia ascendían a tres mil personas. Solo pajes vestidos de rico terciopelo amarillo y encarnado venían cuarenta; lacayos con lujosas libreas treinta; camareros, maestresalas, músicos, todos del duque, vestidos con sacabuches, lujosas planchas de plata en el pecho con las armas de los Guzmanes,

doscientas acémilas con reposteros de terciopelo azul, bordadas en oro las armas, y cenefas de tela de oro; en fin, una ostentación verdaderamente asiática y no vista jamás en Badajoz. (1)

¿Cuál era la causa? Aquel día y en aquel palacio se iba a aposentar la augusta princesa María, hija de Juan III de Portugal, la prometida del Príncipe D. Felipe, que la esperaba en Salamanca donde se efectuaría su casamiento. La noble princesa venía con su séquito real, llena el alma de dulces ilusiones y radiante de belleza, de gracia y de juventud: y descansó unos días con su servidumbre en el lujoso palacio del Duque. Obscurecidos, como insignificantes gotas perdidas en el Oceano de tantas y tan brillantes opulencias, había dos hombres cuya grandeza, entonces inadvertida, había de sobrevivir á todos aquellos efímeros y fugaces explendores que hoy yacen ya apagados en el silencio de las viejas historias, mientras el brillo de sus nombres sigue alumbrando magestuoso la gloria de nuestra raza.

Con el duque de Medina Sidonia venía un clérigo extremeño cuyas virtudes y cuya ciencia habían atraído la atención regia que lo eligiò maestro de aquel gran príncipe que iba a celebrar sus primeras bodas. Era este clérigo D. Juan Martínez Guijarro, el hijo ilustre de Villagarcía, que andando el tiempo, había de ilustrar con su renombre la silla arzobispal de Toledo y se le había de conocer en la historia con el nombre del cardenal Siliceo.

Y en la servidumbre de la princesa venía un joven de diez y nueve años, nacido en Brozas hacia

(1) P. Flores—Reinas Católicas—T. III pag. 883 Edi— v. de Morín.—Madrid 1750.

el año 1523 (1) de una familia hidalga y pobre.

Era este el insigne Francisco Sánchez que la historia conoce con el nombre de «El Brocense». Doce años tenía este joven, cuando su padre, viendo la escasez de sus medios para dar a las disposiciones que manifestaba aquel niño el cultivo que merecían, lo envió al lado de dos hermanos suyos que ocupaban en la corte portuguesa puestos preeminentes.

Ambos habían ido a Portugal en la servidumbre de la princesa D.ª Catalina, la noble hermana de Carlos I que subió al trono de Portugal al casarse con Juan III, y de aquel matrimonio nació esta bella princesa D.ª María que pasaba ahora por Badajoz para casarse en Salamanca con aquel príncipe, primo suyo, que había de ser el gran rey Felipe II.

Esto dos hermanos del padre del Brocense se llamaban Pedro y Rodrigo Sánchez; aquel fué mozo de la Cámara Real y más tarde Secretario de la Mesa de la Consciencia y Ordenes Militares, éste Capellán limosnero de la Reina D.ª Catalina y luego preceptor de su augusta hija.

Cuando se concertaron estas bodas reales, el Bachiller Rodrigo Sánchez vió medio de poner camino de España, abriéndole horizontes de risueño porvenir, a aquel sobrino suyo que tan brillantes muestras de talento había dado ya en sus estudios hechos en Evora y en Lisboa. Lo había ingerido ya en el palacio real como ayuda de Cámara de la reina D.ª Catalina. Al llegar este momento, no le fué difícil al capellán de la Reina agregar a su sobrino a la ser-

(1) En la «Traducción de Epitado», dice el mismo Brocense que tenía sesenta años al terminarla, y esto fué en 1600.

vidumbre de la infanta, que había sido su discípula. (1)

Formando parte, pues, de aquel cortejo real, llegó a Badajoz el Brocense, (2) y aquí coincidió con el que había de ser Cardenal Silíceo, que venía en el séquito brillante del Duque, encargado de acompañar y recibir con tal ostentación a la gentil princesa.

Estaba entonces también en Badajoz, y en la flor de su juventud, el insigne Morales; diez años tenía por entonces el después sabio e ilustre Rodrigo Dosma; y aquel ingenioso y fecundo poeta, Diego Sánchez, cuyas *farsas* tanto recreaban los ocios de la poblaciòn, seguramente se encontraba también en su recinto atraido por las brillantes suntuosidades de aquel suceso; pero en tan diversas esferas se movía cada uno de estos ilustres personajes, que seguramente pasaron desapercibidos unos para otros; y la propia ciudad, absorta en aquellos esplendores cortesanos, no advirtió que pocas veces, en el curso de su historia, ha reunido en su seno mayor número de grandes hombres, cuya gloria había de ilustrar el nombre de Extremadura para los siglos venideros.

Pocos días después, la regia comitiva partía para Salamanca. Parece un halagador presagio del destino que el Brocense entrara por primera vez con tal pompa en Salamanca, la ciudad sabia que había de ser el teatro glorioso de sus triunfos.

Quizá las aficiones de su espíritu, al verse en aquel centro del saber, separaban con tedio su aten-

(1) Escobar y Prieto.—«Hijos ilustres del de la villa de Brozas».—Pág na 62.—Valladolid 1991.

(2) Escobar y Prieto.—Ob. cit.

ción de aquel cortejo - donde iba como un ornamento secundario, cuyo efectivo valer ni se sospechaba aún—, para deleitarse en la contemplación de aquella otra corte, más severa, menos ruidosa, pero de más perdurable gloria, que formaban los maestros y los discípulos de aquella Universidad.

Debió ser así, porque apenas la muerte de su infortunada princesa le dió ocasiòn y pretexto, dos años después, para abandonar las pompas palaciegas, aquel joven de inteligencia preclara tendiò su vuelo al ambiente que anhelaba su alma, a los claustros de aquel otro palacio donde se corteja a la ciencia, princesa que no muere ni entibia la efusión de sus favores y su gracia para los espíritus escogidos que le consagran los amores de su vida.

Y aquel joven era un enamorado del saber; se inició en el cultivo de las más altas disciplinas; era ya un gran humanista, pero quería saber más; penetró en las árduas cuestiones de la filosofía y de la teología. Mas este noble afán de penetrar y dominar en todas las ramas de la sabiduría humana no le dejó ver que la mentalidad de los hombres no es tan infinita que pueda abarcarlas todas con igual dominio y su entendimiento fino, agudo, penetrador y profundo, cuando quería dominar y sentir los matices del arte y todas las misteriosas virtudes de la palabra para expresar el pensamiento, no tenía, en cambio, aquella reposada calma reflexiva y aquella fría perseverancia pensadora que exigen los hondos problemas de las ciencias filosóficas y teológicas.

Era aquel un tiempo de luchas y controversias intelectuales en todos los campos del saber. El Brocense, como todos los espíritus superiores, no se

avenía a contener el vuelo de su inteligencia en los límites que encontraba marcados por los que le habían precedido en el cultivo de las materias que se ofrecían á su estudio. Por eso renovó y avanzó con paso de gigante en la concepción de las materias que dominaba tan prodigiosamente su entendimiento y encauzó por caminos nuevos las teorías gramaticales, las literarias, las disciplinas todas del lenguaje. Pero al querer hacer lo mismo en el terreno de la filosofía y de la teología, las fuerzas de su entendimiento no lograban tener igual victoria, y su espíritu rebelde no se avenía a la derrota, prorrumpiendo en sátiras mordaces contra los que cultivaban aquella ciencia con mejor fortuna; esto le produjo grandes contratiempos en su vida, aquella vida trabajosa y fecunda para el saber español que discurrió siempre entre desvelos de estudio incansable y amarguras y agobios económicos, porque siempre le fué hostil la fortuna, cargándole de hijos y regateándole medios para atender con abundancia a sus necesidades.

La fama de su saber le dió pronto discípulos en Salamanca, que acudían a él ansiosos de recibir el tesoro abundante de sus enseñanzas; pero aquella implacable manía de hostilizar a los teólogos y filósofos con el agudo filo de sus burlas le creó enemigos que le cerraron por mucho tiempo el acceso a las cátedras de la Universidad.

Hasta los cincuenta años no logró ser en propiedad catedrático de Retórica, mediante oposición, en la Universidad salmantina, después de haber fracasado, doce años antes, en otras oposiciones a una cátedra de Gramática, a pesar de su valer. Y fué tal

El Brocense.

la brillantez de su triunfo en aquellas oposiciones de 1573, que obtuvo 83 votos de mayoría sobre los demás, porque entonces se hacían estas oposiciones ante todos los Bachilleres de Salamanca, y fueron 260 los que intervinieron en esta votación.

El respeto que inspiraba su saber era inmenso; sus obras eran estudiadas y consultadas en las más sabias Universidades de Europa y su nombre constituía uno de los más preciados honores de aquella Universidad, donde por aquel tiempo brillaban sabios tan eminentes como Fr. Luis de León, Fernan Pérez de Oliva y tantos otros de universal renombre.

Tan alto era el respeto y tal la veneraciòn que inspiraba a todos por su sabiduría e inteligencia, que se le soportaron aquellas tremendas burlas con que, cuantas veces tenía ocasión, en público y en privado, y hasta en la misma cátedra, mortificaba a los teólogos, llegando a veces, en la violencia de sus ataques, a formular afirmaciones atrevidas que no estaban conformes ni con su propia manera de pensar cristiana y ortodoxa.

Fué necesario que las quejas de los teólogos llegaran a los más altos poderes, para que la Inquisición tomara cartas en el asunto; pero aun este Tribunal, de cuya dura severidad se habla tan desconsideradamente, lo trató con tal benignidad, que se satisfizo con la protesta de fe sincera que ante él hizo el gran maestro; y es de tener en cuenta que se vió en la necesidad de llamarlo al orden dos veces, porque, apenas pasó algún tiempo de la primera, volvió sin poderse contener, a dirigir a los teólogos sátiras tan vehementes como aquella de «El que ha-

ble mal de Erasmo, o es fraile o es asno», y otras crudezas por el estilo.

Pero esto, que era un efecto de su genialidad, no pasaba de ser ese defecto tan común y frecuente en los ingenios agudos y picantes, que no perdonan medios ni se detienen en consideración alguna, cuando se les ofrece ocasión de hacer una frase mordaz; pero no trascendía a la fuerza de su fe ni a la rectitud de sus principios cristianos. Lo dice él mismo con una sinceridad que encanta y precisamente en los momentos en que no se miente, cuando se ve cercano el día supremo de pasar de esta vida a la mansión eterna de la Verdad y de la Justicia.

Viéndose gravemente enfermo, y cuando se acercaba a los ochenta años, en una exposición que espontáneamente remite al Tribunal de la Inquisición, se expresa de este modo:

«Yo siempre, toda mi vida, he sido buen cristiano, hijo de buenos cristianos e hijodalgos conocidos por tales, y siempre protesté de creer todo aquello que tiene y cree la Santa Madre Iglesia romana, y a la hora de mi muerte lo protesto y creo y muero en ello y por ello, y que si habiendo trabajado como lo he hecho sesenta años, leyendo lenguas y enseñando públicamente en la dicha Universidad de Salamanca y en otras partes, he dicho o han dicho de mí que haya dicho cosas en contra de la santa fe católica, que negando en lo que es de mi parte no haber dicho tal, ni sentido tal, si por error de lengua hubiera sido, me arrepiento y a V. S., en nombre de Dios Nuestro Señor pido perdón y penitencia.»

Y en su testamento hay frases tan hondamente cristianas y bellas como éstas:

«Encargo, sobre todo a mis hijos, que se conserven en el Santo temor de Dios y no por ambición, que así nada se logra. Vivan contentos sin penarse de no ser más ricos, que quien todo lo ha de dejar, más embarazado está de no tener mucho. Y habiendo mis hijos de la Providencia, no sería justo que, cuando con ella viven contentas las hormigas, hayan de estar descontentos los racionales, y mucho antes nos pensó la Naturalnza que nos hiciese. Y si les conviene, Dios les dará.»

No hay, pues, motivo justificado para dudar un sólo momento de la acendrada fe de este gran hombre; todo era efecto de la intemperancia de su espíritu, que lo llevaba a la controversia constantemente; en el mismo campo de las letras fué su vida una contínua lucha, pero allí triunfaba como soberano y señor que dominaba por completo en reino propio, encauzando por más nuevos y más ámplios derroteros todos aquellos estudios, y su fama en este punto era tan grande, que el gran Cervantes le expresa su admiración en estos versos, en su *Galatea*:

«Aunque el ingenio y la elocuencia vuestra,
Francisco Sánchez, se me concediera,
Por torpe la juzgara y poco diestra
Si a querer alabaros me pusiera.
Lengua del cielo única y maestra
Tiene de ser la que para la carrera
De nuestras alabanzas se dilate,
Que hacerlo humana lengua es disparate.»

Lleno de gloria y de años murió el sabio Francisco Sánchez los primeros días de Diciembre en Valladolid, en casa de su hijo el Dr. Lorenzo Sánchez,

mientras se sustanciaba el último proceso que se le siguió en la Inquisición, y tal era la benignidad y el respeto con que este Tribunal lo trataba, que no le señaló otra cárcel ni otras mortificaciones que la casa y las solicitudes cariñosas de su hijo.

Arias Montano

ERCA de Aracena, en la jurisdicción de Alajar, hay una gran explanada de indefinidos horizontes, sobre la que se levanta una altura rocosa, que las gentes denominan la «Peña de Aracena».

En aquel paraje árido y solitario, vivía como un águila en su eminente nido, poco después de mediar el siglo XVI, un hombre pequeño, de aspecto noble, ojos penetrantes y pensadores y faz serena, que se pasaba los días inclinado sobre grandes infolios, escribiendo, anotando con actividad incansable.

Este hombre, que de tal manera se quería hurtar de aquel modo al trato de las gentes que le robaban tiempo para entregarse a aquellos dulces deleites de su espiritu, ansioso de sabiduría, era el insigne Arias Montano, cuya fama de saber había ya andado tanto camino por el mundo, que ni aun en aquel escondido paraje lograba que sus admiradores, los sedientos de aplicar sus labios a las fuentes claras y abundantes de su sabiduría, dejaron de acer-

cársele con su persona o con sus cartas interrumpiendo sus tareas.

Había nacido no muy lejos de allí, en la noble villa de Fregenal el año 27 del siglo XVI, aquel gran siglo de nuestra grandeza guerrera, de nuestro predominio político y en el que la mentalidad española era reverenciada y acatada en los más sabios centros de la sabiduría europea.

En aquella tranquila villa discurría la infancia de Arias Montano, cuando la fortuna quiso que pasara algún tiempo en ella uno de los más excelsos ingenios que ilustraron la gloria española de aquel siglo: Facundo Vázquez Matamoros, que había nacido no lejos de allí, en un pueblecito del condado de Niebla, que se llama Villarrasa; y este gran sabio, todavía en su juventud y antes de comenzar la carrera de sus triunfos, enseñando en Valencia, en Játiva, en Alcalá, dió en Fregenal las primicias de su magisterio, teniendo en este pueblo la fortuna de obtener el más glorioso y menos conocido de sus triunfos, despertando las aptitudes extraordinarias de este niño y encendiendo en él los deseos de estudiar la Siria, la Palestina y los lugares que fueron teatro de los hechos divinos y apostólicos. (1)

El impulso de estos estímulos llevó a aquel noble mozo a Sevilla y luego a Alcalá, donde las luces de su inteligencia brillaron con tal vigor, que la publicación de su Retòrica latina, todavía en los tiempos de su temprana juventud, entusiasmó a los sabios humanistas de esta Universidad, hasta el pun-

(1) Son palabras del propio Arias Montano, que refiere el hecho en su prefacio a «El sitio de Jerusalén». — Antiquitatum judicarum libri IX. Lugdini Batavorum 1593.

Arias Montano.

to de decidir a su cancelario Luis de la Cadena á ceñir en acto público aquella frente luminosa con el laurel poético, honor jamás concedido antes a otro alguno.

Su fama llegó a tanto que el rey Felipe II lo llamó a su consejo, colmándole de honores y decorándolo con el hábito de Santiago, en San Marcos de León.

Eran aquellos los días candentes en que la Iglesia Católica libraba la más ruda batalla contra la reforma de Lutero en el Concilio de Trento. Cupo a España la gloria de llevar la parte principal en aquella grandiosa contienda, y a ella fué Arias Montano, al lado del obispo de Segovia D. Martín Pérez de Ayala, asombrando por su saber a los sabios de Europa, reunidos en Trento, donde se le llamó el «Tesoro de la sabiduría.»

Y sin embargo, este hombre, a quien tan risueño horizonte ofrecía la vida, rodeado de tantas y tan universales admiraciones, despreció cuantos halagos se le tributaban, cuantos altos honores se le ofrecían, y apenas se vió libre de aquellas árduas tareas, huyó a su escondido retiro para entregarse, a sus anchas, a los goces inefables de sus estudios.

Eran éstos los más ardientes amores de su espíritu, pero no por el vano deseo de lucir, sino por penetrar en los hondos arcanos de las ciencias sagradas y entregarse a las contemplaciones de sus divinas verdades, y sobre todo, por hacer que su luz se difundiera diáfana en todos los espíritus, disipando las nieblas con que las contiendas de la herejía protestante podía obscurecerlos en aquellos días aciagos y tumultuosos.

Y es verdaderamente pasmosa la labor que, para este fin, realizó aquel hombre extraordinario. Parece mentira que en una sóla vida se pueda abarcar tanto. No hubo ciencia ni disciplina en que su entendimiento no penetrara con el mismo asombroso señorío.

Había convertido aquel solitario e imponente paraje en un apacible y deleitoso retiro, donde su espíritu encontraba las más dulces satisfacciones de sus anhelos; «reedificó la ermita y construyó al lado una casa, por cuyas paredes trepaban la hiedra y el jazmín y en una de cuyas estancias brotaba un surtidor de agua que llenaba el ambiente de frescura; plantó una huerta de árboles frutales que regaba el agua nacida en una gruta e hizo un largo paseo de álamos por cuyos troncos subían las parras. Dos columnas con los nombres de Felipe II y el secretario Zayas eran testimonios de la gratitud de Montano hacia quienes le habían protegido, admirado y defendido contra sus émulos.» (1)

Había reunido en aquella dulce mansión los goces todos que necesitaba su espíritu escogido y grande. Era un enamorado de la belleza apacible, de la vida sobria, serena, mansa, que anhelan disfrutar las almas vigorosas en las treguas reparadoras que necesitan sus altos vuelos; y aquellas auras olorosas, aquellas frescas sombras de su jardín le ofrecían ese remanso apacible y sedante, tan apetecido, tan indispensable en la ruda labor de una vida tan fecunda en frutos de excelsa sabiduría.

Pero el más alto amor, el más encendido anhelo

---

(1) Serrano y Sanz.—Pedro de Valencia.—"Estudio biográfico crítico".—Badajoz.—Edi. *Archivo Extremeño*, 1910.

de su alma, era la contemplación de las infinititudes supremas de la absoluta Verdad; y aquellos indefinidos horizontes que se pierden en vagas lontananzas, cuyas lejanías remotas, imponentes, anegaban el espíritu en dulces contemplaciones, servían de estímulo a su sed implacable de penetrar, en los libros sagrados, todas las expansiones amorosas y paternales que Dios ha tenido con la limitación del hombre en la caricia inefable de la revelación.

Puede decirse que en este punto se concentraba todo el esíuerzo de aquel alma de gigante. Ni un capítulo, ni un pensamiento, ni una sola frase de las contenidas en los libros sagrados, dejó sin estudio y sin luminoso comentario su poderoso entendimiento. Y toda la inmensa riqueza de su saber clásico, de su cultura arqueològica e històrica, de sus conocimientos físicos, políticos, naturalistas, y, sobre todo, teológicos – que a todo se extendió el poder de aquella inteligencia soberana y de su actividad infatigable —, todo lo consagró a desentrañar los ocultos tesoros de divina sabiduría que en los libros sagrados se contienen; y hasta su inspiración poética, que tan dulces acentos tuvo, se consagró eutusiasmada a cantar las bellezas de los divinos misterios y los sublimes arrebatos del amor divino, en su santo sacrificio por salvar a los hombres.

No es raro que cuando el rey Felipe II decidiera poner en práctica el gran proyecto de la *Biblia Políglota*, pensara en turbar la paz de aquel retiro a que se condenaba nuestro sabio: y allá fué él a ponerse al frente de aquellos trabajos, que al cabo produjeron el portento de la *Biblia Regia*, que la Euro-

pa, asombrada, calificó de *milagro* y así lo siguen considerando los sabios del mundo.

Entre los homenajes de admiración de la Europa sabia, aquellas manos reales que se extendieron protectoras para defenderlo de los ataques de la envidia—que también intentó morderle—, volvieron á ofrecerle honores, báculos pastorales y altas jerarquías en la Iglesia; pero nuestro sabio sólo anhelaba volver a su retiro y a él volvió a pasar, en sus plácidas contemplaciones, los días de su vejez, tan fecunda y gloriosa como toda su vida.

Entonces fué cuando tuvo el placer de que se le acercara a compatir sus amores por el saber un alma gemela, que fué su más dulce consuelo y útil ayuda en las rudas tareas intelectuales a que siguió entregándose; este alma grande y sabia fué Pedro de Valencia, insigne hijo de Zafra, que pagò siempre el paternal cariño de Arias Montano con un culto filial.

Es verdaderamente encantador el espectàculo que ofrece la compenetración íntima de estas dos almas hermanas, cuyas efusiones han quedado reflejadas en sus cartas. El sabio legista, político y escriturario de Zafra rendía un fervoroso culto de admiración a su maestro, pasando largas temporadas en su compañía para ayudarle en sus trabajos y sirviéndole hasta de amanuense (1) cuando ya la mano temblorosa del maestro no podía seguir el vuelo, todavía ràpido, de su preclara inteligencia.

Esta amistad, y su correspondencia con los hombres más sabios de entonces, era la comunicación

---

(1) Serrano y Sanz.—Ob. cit.

que tenía con el mundo, a parte de algunos viajes que le obligaban hacer sus trabajos.

Un día dedicaba todas las semanas al descanso, y en ese día, para que ni el descanso fuera estéril, era cuando componía esas dulces canciones (1) en que se desbordaba el entusiasmo fervoroso que encendían en su alma las supremas bellezas que su penetradora inteligencia descubría en los sagrados libros.

Pasma contemplar el número de obras que produjo la actividad infatigable de este hombre de constitución poco vigorosa, sostenida, quizás, por la fuerza enorme de su espíritu, hasta los setenta y un años en que murió lleno de gloria, pocos meses después de aquel rey grande que le consagró tan sinceras admiraciones.

Su cuerpo se enterró en Sevilla, en la parroquia de Santiago, y en su sepulcro figuró el epitafio sentido y entusiasta que compuso su discípulo y amigo Pedro de Valencia (2) con el doloroso afán del hijo desconsolado que cierra cariñoso los ojos del cadáver de su padre, dejando en la frialdad de su rostro muerto el reguero de sus lágrimas ardientes.

(1) Menéndez y Pelayo.—«Historia de las ideas estéticas en España».—T. III, cap. IX, pág. 249.- Madrid 1896.

(2) Serrano y Sanz.—Ob. cit.

Hernan Cortés

O puede discutirse que la huella más honda, la intervención más importante que ha tenido España en la historia del mundo, es la obra que realizó en América; pero tampoco se puede negar que el episodio más interesante y de más atrayente grandeza en esa epopeya nacional, a parte la bizarría y el descubrimiento, fué la conquista de Méjico, y le cupo a Extremadura la gloria de dar el héroe que había de realizarla.

Este héroe fué Hernán Cortés, aquel hombre extraordinario que, a los diecinueve años, salía de España para iniciarse en el ejercicio de la milicia, y a los treinta y cuatro pudo ya ofrecer a la Corona de Castilla una nueva España, conquistada en poco más de un año por la fuerza de su brazo, el valor de su alma y la genial inspiración de su inteligencia. Cuando se mira la obra de este hombre en toda su extraordinaria magnitud, como ya nos permite hacerlo la lejanía de su fecha, da tentación de creer que acaso no sean pura fábula aquellas fantásticas leyendas con que la imaginación de los pueblos pri-

mitivos honró la memoria de sus héroes progenitores.

Porque la obra de Cortés no cede en grandeza y maravilla a las contadas en esas leyendas, y en cambio su fecha, aunque ya antigua, no está tan apartada que toque en las borrosas lontananza donde se pierden los alcances escrutadores de la historia.

Se alcanzan casi con la mano los rastros de sus hazañas, y vive aún fresco el recuerdo de su vida y de su linaje.

Cuando su padre, el obscuro capitán Martín Cortés, solo ilustre por los timbres de su abolengo, que arrancaba de los condes de Molina y se entroncaba en Extremadura con la noble estirpe de los Monroy, se tiró a hacer vida burguesa en el noble solar de su casa, uniendo el lustre de su apellido al de los Pizarro y Altamirano, de Trujillo, de quienes descendía su mujer D.ª Catalina, estaba muy ajeno de creer que, lejos de dar con tales linajes lustre y nobleza al nombre de su hijo, iban ellos a recibir de aquel joven tan altos timbres, que los viejos de su ascendencia iban a parecer pálidos y obscuros.

También Medellín, la noble villa de romano abolengo, dormida con idolente señorío sobre las riberas del Guadiana, orgullosa de su vieja estirpe y de los nobles linajes que albergaba, estaba bien lejos de sospechar que aquel apuesto mozo que, por los últimos años del siglo XV se criaba en la hidalga asona que el capitán habitaba en la calle de la Feria (1) y que triscaba y retozaba alegre por las dilatadas

(1) Solano de Figueroa.—«Historia y Santos de Medellín».—Página 129. edi. 1646.

llanuras de sus ejidos, había de hacer que su nombre se escuchara, en adelante, con asombro en todo el mundo. El año 1485 nacía Hernán Cortés en Medellín; tan ajeno estaba su padre D. Martín de los altos destinos que al mundo traía este noble vástago de su estirpe, que a los quince años lo envió a Salamanca para que se entregara a las tranquilas lucubraciones de la jurisprudencia. Dos años después se convencía de que no era aquel el camino por donde su hijo podía abrirse paso en las luchas de la vida.

Los azares y peligros de la guerra le atraían más que las contiendas y disquisiciones forenses.

Era aquella la época gloriosa en que las armas españolas, impelidas por la genial inspiración guerrera del Gran Capitán, llevaban triunfales el nombre de España por las naciones más poderosas de Europa. Y allá, del otro lado del Océano, también habían comenzado nuestros guerreros a dilatar el poderío español por los extensos países que iban descubriendo en sus aventuras investigadoras.

Dos motivos, que parecen influencias previsoras del destino, obligaron a Cortés a preferir este último campo para teatro de sus futuras empresas; fué uno la enfermedad grave y repentina que le postró, cuando iba a emprender el viaje con rumbo a las banderas del Gran Capitán en Italia; fué otro el atractivo que para los extremeños tenía la aventura del Nuevo Mundo, habiendo ya transportado allí gran parte de su nobleza, en la cual descollaba la figura preeminente del insigne maestre de Calatrava, Fr. Nicolás Obando, que ya gobernaba Santiago y era pariente cercano de Cortés.

No tenía fama él prestigioso Maestre de ser muy asequible y afable para acoger protegidos ni prodigar solicitudes a los allegadizos, y sin embargo, cuando se viò ante la presencia sugestiva de este mozo, pariente suyo, de mirar dulce y melancólico, color cetrino, apostura elegante, robustez vigorosa y una frente despejada y serena, donde se dibujaba la plena confianza en el porvenir, no pudo sustraerse a un movimiento de poderosa simpatía, y desde el primer momento lo acogió en su gracia y lo hizo objeto de sus predilecciones.

Tenía aquel joven esa misteriosa fuerza sugestionadora de los genios que ata las voluntades de cuantos les rodean, para servir de instrumento a los altos destinos que ellos vienen a realizar en la tierra.

Era Cortés tan noble en su conducta, tan atrayente en su trato, tan ameno en su conversación, siempre graciosa, siempre franca y sincera y nunca mortificante para nadie y menos para los ausentes, que arrastraba tras de sí las voluntades con un imperio irresistible. La quietud, ya pacífica, de aquella Isla, no satisfacía los anhelos de aventura gloriosa que bullían en el corazón de aquel joven extraordinario; pidió licencia a su pariente para marchar a Cuba, conquistada ya y gobernada entonces por el capitán Diego Velázquez. Eran aquellos los momentos en que la noticia de nuevas y dilatadas regiones – traída por Alvarado y sus acompañantes de Grijalba en su expediciòn al Idostán—dilataba, en la mente del Gobernador, los ensueños de grandes aumentos en su poderío y riqueza, y en la gloria de su nombre.

Los atractivos del joven Cortés, subyugaron el alma del Gobernador y de cuantos le trataron, co-

Hernan Cortés

mo le había ocurrido en Santo Domingo; fué tal la simpatía y el interés de Diego Velázquez por este hombre singular, que hasta intervino en la aventura de sus primeros amores, apadrinando su boda con la gentil y noble D.a Beatriz Parejo, primera mujer de nuestro héroe.

Llegó el momento de organizar la expedición para conquistar las nuevas tierras de que tan incitantes noticias habían traído los compañeros de Grijalba, y la figura de Cortés se había ya hecho tan interesante, que todos volvieron a él su vista cuando se trató de elegir capitán; acaso hasta la envidia de los corazones pequeños, que no veían sin disgustos las preferencias que aquel joven atraía, vió también con perversa complacencia la designaciòn, pensando más en los peligros de la empresa que en la gloria de su casi imposible triunfo. Pero al ver el entusiasmo con que se recibió el nombramiento, la voluntad con que acudían hombres a alistare a la empresa dirigida por caudillo de tan raras prendas, los envidiosos presagiaron su derrota y quisieron abrir camino a la desconfianza eu el ánimo del Gobernador. No era tiempo aún; Velázquez se sentía arrastrado por las simpatías de su amigo Cortés, y era necesario que desapareciese la poderosa sugestión de su presencia para que la comezón de las inquietudes celosas abrieran en su pecho senda a la desconfianza; y fué entonces—cuando ya había partido Cortés aclamado por sus acompañantes y abrazado en su despedida por el propio gobernador—el momento en que él quiso poner obstáculos a su marcha. Era ya tarde.

El genio de las grandes empresas, que aquel jo-

vèn llevaba en su alma, había ya desplegado sus alas poderosas y protectoras sobre él, poniendo en su noble presencia todos los irresistibles estímulos que detienen los malos designios opuestos a su camino; fracasaron los enviados de Velázquez para deterlo, y el gobernador de la Habana, Pedro Barba, entre las conminaciones de Velázquez para que detuvieran a Cortés en su rumbo y el poder sugestívo de ese hombre extraordinario, que parecía llevar luciendo en su frente los fulgores del porvenir, fué subyugado por éste, y de aquel puerto salió glorioso aclamado por los suyos, los 508 esforzados infantes y 16 caballos que, con ser tan pocos, apenas cabían en las diez naves que transportaron a las tierras desconocidas tanta bizarría, tanto heroismo y tan extraordinario genio.

Y entonces comenzó la empresa grandiosa, cuya admiración perdurará eternamente entre los hombres.

Aquel caudillo, con tan exígua mesnada, parte a conquistar un imperio rico y poderoso, que no desconoce por completo las artes de la guerra, que dispone de armas terribles, de muchos millares de guerreros y de muchas riquezas para sostenerlos.

Parece esto una aventura loca, que sólo podía terminar con el fracaso más tremendo y doloroso, y sin embargo, un año después era un hecho la gloriosa realización de esta obra, cuyas desmedidas proporciones la presentaban al buen sentido como descabellada y absurda.

Y si se penetra en los detalles íntimos y minuciosos de su realización, el ánimo se pasma aún más y se suspende asombrado ante las dificultades que es

capaz de vencer la voluntad poderosa de un hombre, si las llamas del genio alumbran su camino.

Nada faltó que pudiera prestar a la empresa relieves maravillosos y matices de encanto, y aquel hombre admirable derrochó a torrentes tesoros de audacia increible, de valor abnegado y sereno, de prudencia y habilidad exquisitas y hasta de amorosa ternura sugestiva, para utilizar el dulce instrumento de aquella mujer indiana, cuya pasión por el héroe allanó obstáculos y perfumó con sus ternuras muchas asperezas de aquellos azares pavorosos.

Cuando, á los primeros pasos en la empresa, se le ve hacer cara, nada menos que a 40.000 indios junto a Tabasco, al frente de una hueste diminuta, y triunfar al cabo, parece que ni la valerosa audacia ni la pericia militar pueda llegar a más; pero cuando se le ve, amenazado de traidora deserción de su gente, quemar las naves y con ellas la esperanza de regresar ninguno, sin haber obtenido una victoria, que tocaba en los limites de lo imposible, nos convencemos de que estábamos engañados, porque nada agiganta tanto el heroismo de los hombres como este frío y sereno desprecio de la vida, ante el deseo inflamado de llegar al ideal que se persigue.

Después de esto, ya no es tan inexplicable la calma reposada, tranquila y previsora que deja brillar la luz de su genio, en medio de los más inquietantes y aterradores peligros, acudiendo activo y prudente a cada sitio en el momento oportuno, sin que los peligros que le rodean en Méjico le impidan atender y deshacer el que le amenaza con la llegada de Narváez, el emisario que la envidia de Velázquez mandó

para destruir la obra comenzada, precisamente en los momentos en que más se multiplicaban las dificultades que encontraba.

Y no se sabe si es más admirable este valor, esta actividad, esta previsión maravillosa, para acudir a todos los obstáculos que se le oponen, siempre con el remedio, la decisión y la oportunidad que demandan las circunstancias, o aquella habilidad, aquel tacto exquisito e iusuperable para usar en cada caso de la violencia y la audacia, o de la generosidad y la cordura para atraerse la voluntad, la sumisión o la simpatía de aquellas gentes, haciéndose dueño hasta del albedrío del poderoso e inteligente Motezuma, cuya voluntad quedó sometida a la fuerza fascinadora de nuestro héroe, casi desde el primer momento que compareciò ante su presencia. Y cuando llega el momento culminante de la empresa grandiosa, cuando, muerto Motezuma, el imperio ruge en masa contra los invasores y se levanta como un torbellino enfurecido para exterminar aquel puñado de valientes, el valor sereno de su espíritu gigantesco sabe sobreponerse a los trágicos horrores de la inolvidable *noche triste*, en que, como una tormenta desencadenada, caen los indios enfurecidos sobre los españoles que ni huir podían, cortados los puentes y las calzadas rotas, y todavía tiene poder sugestivo para animar a la acribillada hueste, para poner en fuga a los enemigos y para batir, pocos días después, a mas de doscientos mil en el Valle de Otumba, ellos que después de la tragedia de la noche famosa iban diezmados, casi todos heridos y acosados del hambre, de la fatiga y del contínuo sobresalto de todos los peligros que se multiplicaban

á su paso, sin más sostén, para tanta debilidad, que la fuerza estimuladora de aquel caudillo, cuyo genio y valor parece que se derramaba en torno suyo como una lluvia de vida y fortaleza.

Tales hombres ya estaban capacitados para todos los heroismos que todavía se necesitaban realizar para coronar definitivamente la empresa. De triunfo en triunfo, venciendo y arrollando ya todos los obstáculos, llegan a Méjico, y después de tres meses, la rinden el 13 de Agosto de 1521; el 10 de Febrero de 1519 había salido Hernán Cortés de la Habana con los menguados recursos que dijimos; un año y medio había bastado para realizar aquella obra que asombra a los siglos.

Y para que a la figura extraordinaria de este héroe no le falte rasgo alguno que le haga interesante, vino tras de la apoteosis de tales triunfos la sombra opaca de las ingratitudes y de las envidias, que obscurecieron los años últimos de una vida tan gloriosa. Los envidiosos, al cabo, lograron enfriar la entusiasta gratitud que, en los primeros momentos de tales conquistas, sintió el emperador Carlos V, colmando de honores al héroe; y llegó a ser tanto el desvío, que la tradición lo ha llegado a concretar en una anécdota, que tiene la amargura desgarradora de una queja y de una protesta.

Cuéntase que este hombre, cuyo prestigio había llegado a ser tanto, vino al cabo tan a menos en la consideración real, que ni aun lograba ser recibido por el Monarca, y cansado de antesalas, se atrevió un día a acercarse al coche regio, subiendo sin preámbulo al estribo.

—¿Quién eres? preguntó el Monarca sorprendido,

—Soy un hombre, respondió Cortés, que ha dado a V. M. más provincias que ciudades le han dejado sus abuelos.

No murió pobre como dicen, pero sí obscurecido y desengañado, en un pueblecito cercano a Sevilla, que llaman Castilleja de la Cuesta.

Fué el 2 de Septiembre de 1547 y se enterró en la capilla de los duques de Medina Sidonia. De allí fueron trasladados sus restos a Méjico, más adelante.

Vasco Nuñez de Balboa.

ERCA de veinte años hacía que las enseñas españolas, llevadas por Colón, estaban dando vista al gran continente, y apenas se habían dado algunos pasos en los bordes de aquellas dilatadas regiones. Las tentativas para adelantar habían sido escasas y desafortunadas.

Hacia el año 1510, en la costa occidental del golfo de Urabá, se encontraban, famélicos y aterrados en su infortunio, los restos de la expedición que Ojeda organizó, asociándose con Diego de Nicuesa. Ojeda había ya desaparecido entre las hondas de aquellos mares bravíos. Francisco Pizarro, su teniente, había emprendido su marcha a Cartagena, cuando encontró el tardío refuerzo de Enciso, el Bachiller de alma seca y utilitaria, cuyos refuerzos y bastimentos habían esperado tanto tiempo en vano Ojeda y los suyos en las inhospitalarias tierras de Urabá.

Volvieron con él a hacer una nueva tentativa y la fortuna continuó siendo adversa a los aventureros. Encontraron sus casas destruidas por los in-

dios, los campos yermos, la naturaleza inclemente y los indios incansables en sus hostilidades. El desaliento y la desesperación, juntamente con el hambre y las enfermedades, aniquilaba aquel centenar de hombres, que maldecían desconsolados su estrella, viendo enteramente cerrado el horizonte del porvenir risueño que soñaron al partir.

Entre los lamentos y las imprecaciones contra el que los había llevado a tal ruina, sólo se levantó una voz de esperanza y de aliento. «Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas, entramos en este golfo, y a la parte del occidente saltamos en tierra, donde encontramos un gran río, y a su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, habitada por gentes que no ponían hierba en sus flechas.»

El que así hablaba era un hombre joven, como de treinta y cinco años, de noble presencia y rostro distinguido y simpático; su mirada altiva e ingénua tenía el sugestivo candor de esa confianza en el porvenir que tienen los predestinados a las más altas empresas. Era Vasco Nuñez de Balboa; había nacido en Jerez de los Caballeros; sus padres, hidalgos y pobres, lo habían puesto al servicio del opulento D. Pedro de Puerto Carrero Señor de Moguer; pero él no pudo resistir su espíritu aventurero y se embarcó para América en las expediciones de Rodrigo de Bastidas.

Pasaron aquellas aventuras y se estableció en la Española; allí sus negocios fueron mal; estaba arruinado y comido de deudas cuando se organizó la expedición de Ojeda, y por esto no pudo adherir-

Vasco Nuñez de Balboa

se a ella; pero cuando el Bachiller salió con los refuerzos para el Almirante, ideó, para embarcarse, la estratagema de meterse en un tonel y así oculto logró pasar desapercibido hasta que en alta mar se presentó al jefe.

Eran tantos los atractivos personales de este hombre, que el enojo del Bachiller no pudo persistir mucho tiempo sin trocarse en benevolencia y simpatía. Sus palabras, en aquel día aciago, cayeron sobre la desolada compañía de Enciso como un bálsamo refrigerante y mágico que reanimó el espíritu abatido de aquellos hombres, abriendo de nuevo el horizonte de sus muertas esperanzas. Emprendieron el viaje a las costas occidentales del golfo y el suceso confirmó las palabras de Balboa.

Influyò tanto este acierto y aquellas palabras confortadoras en la vida de este hombre, que no seria absurdo considerarlos como la clave fundamental de toda su historia, gloriosa y bella como un canto heróico, rematada por la dolorosa tragedia de una muerte ominosa y cruenta, como la de un mártir de sus altos destinos.

Y fué así; en aquella tierra venturosa creció el valor de la hueste maltrecha; vencieron sin grandes dificultades a los indios generosos de Comaco, y la gratitud y la admiración de los arrancados a la muerte por la inspiración afortunada de Balboa, comenzaron a rodear su figura del prestigio sugestivo qne tienen siempre los hèroes.

El Bachiller aventurero, cegado por su sed de oro, no advirtió este fenómeno, que era el presagio de su ruina; dió rienda suelta, en el reparto de las adquisiciones conquistadas, a sus instintos avaros y

crueles, y los perseguidos tuvieron un estímulo más para poner sus ojos en la atrayente figura del joven impetuoso y noble que los habia salvado una vez y les dejaba ver, en sus altas ilusiones de ventura, dias de gloria y abundancia libres de estas menguadas avaricias de aquel jefe mezquino y cicatero.

Sin embargo, era muy reciente el nombramiento de Balboa y demasiado insignificante su origen para servir de bandera a una rebeliòn. Se pretendió buscar a Nicuesa, el compañero del perdido Almirante, superior a Enciso en jerarquía. La llegada de Diego Enriquez Colmenares, dando noticias del paradero de Nicuesa, decidió la cuestión; se resolvió mandar que regresara a buscarle el mismo Colmenares.

Nicuesa era hombre afable, inteligente y generoso, pero habían sido tales y tan crueles los infortunios llovidos sobre él en poco tiempo, que se había vuelto sombrío y adusto; estaba en trance desesperado en las costas de Nombre de Dios, cuando arribó Colmenares con la nueva feliz, y de tal manera le enorgulleció la fortuna, que empezó a creerse omnipotente mandando como tirano, incluso en los famélicos compañeros de su infortunio. Todo favorecía el nombramiento de Balboa. La noticia de este proceder de Nicuesa llegó mucho antes que él a las riberas del Daríen, y los colonos, que poco antes lo mandaban buscar, no quisieron ni que desembarcara, y el infeliz tuvo que hacerse a la mar con quince fieles amigos, que desaparecieron para siempre.

No quedaba a Balboa más rival que Enciso, cuya antipatía era un incentivo más de la popularidad que alcanzaba el héroe extremeño. Se había constituído un municipio para regir aquella primera colonia,

Calle de Vasco Núñez

que se fundó con el nombre de «Santa María de la Antigua», en acción de gracias por la victoria contra Comaco, y era Balboa el encargado de administrar justicia. Hervían en su alma los generosos impulsos de la alta misión que había de realizar en el mundo, y no tuvo paciencia para aguardar a que los acontecimientos le despejaran el camino. Prendió a Enciso como usurpador del mando de Ojeda.

Quizá las tentaciones de su ambición hicieron pasar por su mente la idea de matarle; su corazón generoso, sin embargo, podía dar de lado a los escrúpulos de legalidad que se opusieron a sus designios, pero no llegaba hasta los linderos del crimen. Embarcó al Bachiller en el primer bergantín que partió con rumbo a Santo Domingo y con esto quedó libre de rivales, en tierra firme, sin que nadie hiciera sombra a su autoridad, mirando frente a frente a su destino.

El bergantín que alejaba los rencores de Enciso dejó a Balboa libre el camino de sus triunfos en el Daríen; pero fué a sembrar en el viejo continente las semillas de la malquerencia que había de segar en flor aquella vida gloriosa y triunfadora.

Por de pronto el camino de sus soñadas aspiraciones estaba libre de todo obstáculo; tenía todo lo necesario para triunfar en su sed de gloriosas aventuras; se encontraba en un pais henchido de opulencias y encantos, cuyo descubrimiento y conquista era el ensueño de las más ardientes ambiciones de todos los aventureros. Los pueblos que poseían tales tesoros eran ingénuos amantes de los placeres que ofrece la vida terrena, y daban a sus riquezas mucha menos estimación de la que le consa-

graba la fiebre ambiciosa de los pueblos civilizados; eran muchos en número, pero la pesadumbre ardiente del clima daba a sus temperamentos sensuales laxitudes enervantes que les hacían débiles para resistir la fuerza arrolladora, que en el corazón de los castellanos ponía la codicia de sus riquezas y el encanto sugestivo de aquel hombre que, enamorado de la gloria, de la vida y de su patria, tenía el don de arrastrar tras de sí los corazones, infundiendo en ellos el valor y el entusiasmo ardiente en que se abrasaba el suyo.

Eran pocos los españoles en número; pero ¿qué importaba si la magia de su talento, la decisión inquebrantable de su voluntad y el atractivo maravilloso de aquella generosidad, de aquellas cariñosas y abnegadas solicitudes por sus hombres que Balboa poseía, hacía de cada soldado un gigante dispuesto al heroismo o al martirio, según lo pidiera la necesidad?

Aquella hueste diminuta, que no llegó nunca a dos centenares de hombres, cuando veía a su heróico caudillo tan bravo y poderoso para conquistar imperios, como solícito y abnegado para cuidar de todos los suyos con paternal cariño, cuidándoles en las enfermedades con aquellas manos fuertes y vencedoras, tan vigorosas para luchar, como tiernas y amorosas para curar sus heridas o para buscar sustento con su propia ballesta, cuando el hambre atormentaba a alguno con sus desfallecimientos angustiosos, se convertía en falange invencible, capaz de asombrar al mundo con el milagro portentoso de sus proezas. Y aquellos caciques astutos y marrulleros, orgullosos y obstinados con su poder, cuando veían

que ni la astucia de sus mañas era eficaz para ocultar el secreto de sus intenciones a la inteligencia penetradora de tal caudillo, ni el poder de sus numerosas huestes podía resistir el ímpetu arrollador de sus soldados, se rendían, al cabo, a la noble generosidad de un héroe tan bizarro e imponente en la pelea como dulce y magnánimo ante el rendimiento, hasta el punto de darle, con sus tesoros y su vasallaje, la dádiva sincera de su amistad y de su ayuda.

Cáreta, el poderoso cacique de Coiba, después de sentir la fuerza de su brazo, que lo hace prisionero, y de experimentar su generosa hidalguía, que lo deja libre y hasta lo ayuda contra su vecino, el cruel Ponca, concede al caudillo español tan generosa amistad, que le da en prenda a su hija, la dulce y bella americana, que fué en adelante el más tierno amor de Balboa; y el opulento y leal Comegre, el cacique vecino de Cáreta, encantado por el valor de estos hombres, ni siquiera hace armas contra ellos, sino que les manda con ricos presentes a su hijo, el cual, además de las dádivas, les llevó un tesoro mayor que todos: la noticia de que «a seis soles de allí encontrarían un rico país, donde se comía y bebía en vasos de oro, y un mar inmenso donde las gentes navegaban con barcos de remos y vela.»

Era la primera noticia que tenían de aquel inmenso mar, cuyo descubrimiento iba a hacer inmortal el nombre de su caudillo. Volvió a Darién transportado de gozo para transmitir la noticia a la Española, en sazón que arribaba Valdivia con provisiones y promesas de auxilio de Santo Domingo. Envióle de nuevo Balboa con ricos presentes para el Gober-

nador y con la fausta nueva, y en seguida comenzó la magnífica epopeya de aquel descubrimiento inmortal que completó la obra de Colón, dando al mundo culto la posesión completa del globo.

Su pasmosa habilidad política solucionó la dificultad que le oponía la codicia de algunos descontentos, dejándoles libre el camino para que abusaran del mando durante una ausencia intencionada, al cabo de la cual le aclamaron con más entusiasmo que nunca. Su heroísmo y su fortaleza brillaron en bizarros atrevimientos para arrostrar los peligros de este viaje, en medio de aquella naturaleza abrupta e inclemente, venciendo con estratagemas maravillosas o arranques heróicos, según los casos, a los feroces indios de Abebaiba, de Chiopes, de Iorecha, de Cuaraca, y para que ningún encanto de poesía faltara a la empresa, hasta hubo el romántico incidente en que el amor de una bella india de Tirichi por el caudillo español, le descubrió el complot que contra él fraguaban cinco caciques poderosos, y gracias a esto, los sorprendió y pudo vencerlos, aterrando a los pueblos con el castigo de los jefes y encantándoles con la clemencia que usó para sus ejércitos.

Llegó por fin el 25 de Septiembre de 1513. Los cuarecuanos que guiaban, amigos, la expedición, mostraron a los anhelantes ojos de la hueste española la escarpada altura desde donde había de divisarse el buscado mar. El caudillo manda hacer alto, y sin arredrarse ante la dificultad, sube solo a la empinada cumbre, que es una de las más altas del m .ndo.

El espectáculo de aquel inmenso mar que se ofre-

ció a su vista al ganar la altura le sobrecoge, llena su alma de gozo y gratitud para el cielo, que colmaba sus heroismos con el galardón de tal gloria, extiende sus brazos al mar y cae de rodillas, anegado en lágrimas de ventura.

Hace señas a sus compañeros para que suban, y la emoción le embargaba la voz en la garganta, volviendo a caer todos de hinojos, rindiendo gracias a Dios con todos los entusiasmos de sus almas heróicas y creyentes. Pocos días después, el caudillo extremeño, provisto de todas armas, llevando en una mano su espada y en la otra una bandera, en que se destacaba la figura de la Virgen María, a cuyos piés estaba el escudo de Castilla, penetró por las ondas de aquel mar, exclamando: «¡Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones, y si algún príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende a ellos algún derecho, yo estoy pronto a contradecirle y defenderlos». Por primera vez atronaron aquel espacio voces europeas, gritando aclamaciones españolas. Era el 29 de Septiembre. Valderrábano, el Secretario de la expedición, levantó acta del suceso. La vuelta a Darién fué otra cadena de triunfos gloriosos, en que la habilidad y el esfuerzo de Balboa sojuzgó poderosos y ricos pueblos, que le ofrecían asombrados su amistad y su vasallaje.

La entrada en su colonia fué uno de los espectáculos que pueden satisfacer más el alma de un caudillo, viendo el ardimiento de entusiasmos con que un pueblo galardona sus victorias.

Y mientras se desbordaba en bendiciones y clamorosas alabanzas el entusiasmo de los españoles

en toda América, allá en la vieja patria se afilaba la espada que iba a segar en flor tanta aventura. Había llegado a su cenit la gloria de Balboa; iba a declinar ya hacia su ocaso triste, tempestuoso y trágico. Los rencores de Enciso, esparcidos en la Corte, como una mala semilla, no tardaron en dar sus podridos y venenosos frutos. Se formó de Balboa la opinión de que era poco menos que un foragido, aventurero, loco y díscolo; que trataba de explotar, inhumano y ambicioso, aquellos países, sustrayéndose a toda autoridad y ley.

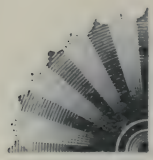
Llegó al cabo la noticia de sus proezas, de su heroísmo, de sus triunfos, de aquella lealtad a su rey, a su patria, a su fe, que había puesto por corona de todas sus victorias el estandarte de estos tres grandes amores de su alma, y a cuyos piés rendía toda sus glorias; pero ¡ay! esto llegaba tarde; se había ya nombrado y despachado para que fuera a tomar la suprema autoridad en las tierras conquistadas al tristemente famoso Pedro Arias, aquel hombre ambicioso y cruel que había de poner sobre todas las glorias que, para nuestra patria, conquistó Balboa, la sombra obscura de su crueldad, de su perfidia, de su envidiosa ambición, y la mancha roja y siniestra de sus crímenes.

Desde que este hombre llegó a Darien, la historia de Balboa se ve obscurecida por las tristezas de las persecuciones y las ingratitudes que con él se cometieron; se le residencia, se le arruina, se le prende, se le saca a colación las aventuras de Nicuesa y de Enciso para acusarle; el alma candorosa del héroe todavía no se convence de que su perdición se aproxima; quiere justificarse, quiere conven-

cer a su perseguidor de qué no es enemigo de su patria quien por ella ha arriesgado tantas veces la vida, quien ha puesto en su corona tan ricos florones de gloria. Aquel alma noble no ve que era éste el peor camino, porque encendía más el encono de la envidia.

El obispo Quevedo, que venía como consejero de Pedrarias, se rinde a la grandeza de Balboa y lo admira y lo defiende; trata de contener la envidia del Gobernador, uniendo la gloria de Balboa al blasón de los Arias, aconsejándole que lo case con su hija; vacila un momento la crueldad rencorosa del Gobernador y casa al héroe con su hija, pero al cabo renace la envidia, lo prende, y suponiéndole rebelde, lo sentencia a muerte, sin permitirle que se defienda.

Así terminó, a los cuarenta y dos años, aquella vida gloriosa, dejando en sus laureles el reguero sangriento de su infortunio.



Francisco Pizarro

A sociedad noble y linajuda de Trujillo, esa aristocrática población que por el número de familias de alto abolengo que en ella habitaban se ha llamado archivo de la nobleza extremeña, se agitaba, allá por el otoño de 1529, con un desusado alborozo, instigado por la aparición de un personaje singular entre sus vecinos. En efecto; se había presentado allí un capitán que se decía descender de una de las más nobles familias que a ella pertenecían.

Era un hombre ya de edad muy madura, recio como un atleta, curtido por los años y por los duros azares de su larga vida aventurera, y nimbado con la aureola de una fama gloriosa de altos hechos realizados, y propósitos y esperanzas de realizar muchos más.

Aquella linajuda sociedad estaba intrigada con el acontecimiento; este hombre se llamaba Francisco Pizarro; tenía como unos cincuenta años y acababa de llegar de las Indias occidentales, trayendo a la

corte del Emperador tan maravillosas nuevas de sus hazañas, de sus descubrimientos y de sus esperanzas y propósitos de proseguir en el glorioso camino de triunfos y conquistas, que el monarca lo había colmado de honores, concediéndole nuevos y significativos cuarteles para su blasón, donde hasta le permitió poner el águila imperial, abrazando con sus negras alas las columnas, dándole además títulos y honores y mandos lucrativos y pomposos, y agregando a todo esto la autorización de reclutar gentes para *proseguir* su comenzada empresa.

¿Quién era este personaje? Cuando unos treinta años atrás salió de Trujillo, nadie le conocía ni se dió apenas cuenta de su salida de la población; y ahora, treinta años después, en lugar de haberse borrado por completo el recuerdo de aquel obscuro personaje, se había avivado de tal manera, que todos conocían su linaje y se multiplicaban sus amigos y hasta sus parientes.

Resultaba, en efecto, ser el hijo natural del coronel Gonzalo Pizarro, que al lado de su padre, en su primera juventud, había guerreado en Italia, según decían los encopetados parientes del coronel, los cuales, hasta ahora, no se habían dado bien cuenta del parentesco que les unía con el hijo; mientras otros, quizá con más razón y más visos de verosimilitud afirmaban que era, en efecto, un hijo de aquel señor, pero que abandonado como un expósito, había pasado su niñez guardando puercos, hasta que, llegado a la juventud, salió del pueblo ganoso de aventuras que lo sacaran de su servil condición.

Así se fué, en efecto, a América, y allí pasó su juventud toda, luchando y contento con las modes-

Francisco Pizarro.

tas prosperidades que le proporcionaba su valor de soldado, todas ellas grandes y codiciables, comparadas con la situación que en su pueblo natal tenía. Su esfuerzo y aptitud guerrera hicieron que sus jefes se fijaran en él, ascendiéndolo por grados hasta hacerlo capitán, y en esa situación vivió mucho tiempo, contento y querido por sus jefes, sin sospechar acaso, ni él mismo, que en su alma había energías y esfuerzos para conquistar imperios.

Cifraba su aspiración en ser estimado de sus superiores, que siempre le guardaron la deferencia de hacerlo el hombre de su confianza; por eso, al desaparecer Ojeda en el Daríen, fué él quien se puso al frente de los abandonados restos de su mesnada; fué luego el hombre de confianza de Enciso, y cuando Balboa se puso al frente de aquellas fuerzas, a su lado ocupó el primer puesto en todas las empresas.

También cuando vino Pedrarias a encargarse del gobierno supremo, prosiguió Pizarro ocupando el puesto de confianza al lado del Gobernador, y fué el encargado de la triste misión de prender a Balboa, cuando el encono de Pedrarias determinó deshacerse del descubridor del Pacífico.

Hombre de natural despejo, pero de tan humilde y obscuro origen y absoluta falta de cultura, pues ni aun sabía leer, comprendía la dificultad de abrirse camino más amplio en tales circunstancias, y se conformaba con aquellos puestos secundarios que la fortuna y el esfuerzo de su brazo le deparaban.

Pocos hombres habrá habido en cuyo porvenir haya tomado parte tan activa el azar como en el de Francisco Pizarro, llevado por la fortuna desde los

más obscuros rincones del infortunio a las más altas cumbres de la opulencia y de la fama.

Pero también habrá habido muy pocos tan perseverantes, tenaces y enèrgicos para aprovechar las ocasiones en el camino de la gloria, sin arredrarle obstáculos ni dificultades, por pavorosos e insuperables que parecieran.

El desgraciado fin de Balboa dejó vacante aquel puesto, mejor dicho, la alta misión de descubrir y conquistar los magníficos paises de soñadas riquezas, de que habían adquirido noticias en los descubrimientos del Panamá.

Dos intentos de realizar tal empresa habían fracasado: el de Andagoya y el de Basurto.

La empresa era tentadora, pero las dificultades pavorosas. Eran muchos los que deseaban tomar parte en ellas, pero nadie se atrevía a tomar la iniciativa.

Presentábase el momento en que aquel hombre obscuro podía acometer una alta empresa, sin que nadie se lo estorbara, arrojándole en cara la humildad de su origen; él, con otro capitán, manchego, y como él bastardo, compañero y semejante en todo a él, se decidieron a acometer aquel propósito. Y con uno de los barquichuelos que Balboa había hecho construir para su malograda expedición, ochenta hombres y cuatro caballos, se emprendió esta grandiosa aventura, comenzando entonces aquella triste y dolorosa odisea de infortunios y aterradoras calamidades, cuyo relato espanta, asombrando que pueda haber firmeza bastante en el corazón de un hombre para soportarlas y superarlas sin un solo momento de vacilación ni desmayo.

Con aquel barquichuelo van recorriendo islas y costas inhospitalarias, donde las inclemencias crueles de la naturaleza, las enfermedades del clima y el hambre y la fatiga los extenuaban y diezmaban en términos verdaderamente espantosos. Nada los detiene, y como si estas adversidades no bastaran, Pedrarias se niega a autorizar la prosecución de la empresa, y entonces es cuando Almagro acude al celebérrimo maestrescuela Luque, el cual convence al Gobernador, ofreciéndole parte en los lucros que de la conquista se reporten. Poco después se hizo aquel famoso pacto que se selló entre Hernando Luque, Almagro y Pizarro, comulgando los tres en la misma misa celebrada por el primero y con la misma Hostia dividida en tres partes.

Partieron de nuevo los conquistadores con dos navíos y más bastimentos, llevando consigo al piloto Bartolomé Ruiz, que tan brillantes servicios les prestó con su pericia y valor.

Pero las calamidades no cesaron; prosiguieron visitando tierras y costas, unas desiertas, otras pobladas de salvajes feroces, y se acababan todos los recursos y todas las fuerzas. Y lo que fué peor, se acababa la armonía entre los dos caudillos, porque las penurias y fatigas comenzaban a traer a los ánimos acritudes y desconfianzas.

Logrose, sin embargo, apaciguar los ánimos, y dejando Almagro a su compañero en la famosa isla del Gallo, fué cuando volvió por refuerzos, cuando el Gobernador, enterado de las calamidades y y falta de éxito de la empresa, por la noticia que uno de los soldados descontentos había hecho llegar en un papel metido dentro de un ovillo de hilo,

mandó a Juan Tafur con objeto de hacer desistir de la empresa a Pizarro y de traerse a cuantos castellanos no quisieran seguirle.

El momento era para Pizarro decisivo y supremo; la corta hueste que le acompañaba, extenuada y harta de tribulaciones e infortunios, y sin esperanzas ciertas de éxito en la aventura en que Pizarro los empeñaba, veían el medio de volver seguros y vivos a Panamá; la elección no era dudosa, pero jamás se vió tampoco de un modo tan heróicamente grande la resuelta decisión de un ánimo esforzado como el de Pizarro.

Sacó su espada; trazó con ella en la tierra una lína de oriente a occidente, y mirando resuelto a sus soldados exclamó: «Por aquí se va a Perú a ser rico; por aquí a Panamá a ser pobre; escoja el que sea buen castellano lo que más bien le estuviere», y pasando la raya sin volver la cabeza, esperó a ver quién le seguía.

Sólo trece se atrevieron a seguir al caudillo, y tuvo la fortaleza de resolverse a continuar con ellos en su loca aventura. Parece que la Providencia premió este heroismo inaudito; aquellos trece hombres, en el navichuelo que les dejaron, todavía tuvieron que probar el esfuerzo de su ánimo en los horrores de la Isla de Gárgona, pero después encontraron el hospitalario recibimiento de los indios de Santa Clara, y hasta la acogida romántica de la india Capillana, la bella reina de Santa Cruz, que tan entusiastas extremos hizo al heroísmo de los españoles y de quien el apuesto Alcón quedó enamorado hasta perder el juicio.

Habían ya llegado a ver la tierra de promisión;

sólo le faltaban recursos para conquistarla; volvieron con la noticia a Panamá y los tres socios determinaron la necesidad imprescindible de acudir á la Corte para obtener los auxilios que se necesitaban; ya no era difícil obtenerlos; llevaban las pruebas de que el intento no era un loco desvarío de su fantasía ambiciosa.

Pizarro fué el designado, y entonces arribó a España, siendo, al poner pié en ella, preso por aquel siniestro bachiller Enciso, que parecía puesto por el destino como obstáculo a las grandes empresas.

Apenas conocida la llegada de Pizarro á la Corte, se le mandó poner en libertad. La fama de sus empresas era harto respetable ya, para que se permitiera a un usurero detener por deudas de poco dinero aquella marcha triunfadora.

El relato de sus aventuras, que Pizarro hizo en la Corte, encantó a cuantos le escuchaban; era hombre, por lo general, de pocas palabras, pero que sabía dar interés y color a lo que contaba.

Entonces conoció a Cortés, que había ya realizado su obra, y quizá le estimuló el triunfo de éste para procurar, con más empeño, el logro del suyo.

Sus hermanos y parientes, en su pueblo, se lo disputaban, aunque eran tantas y tan estupendas las maravillas que narraba, que había quien desconfiaba si en tales ponderaciones tendría mucha parte el interés de atraer gentes a la recluta para la empresa.

No pudo por esto obtener toda la que se le exigía, pero aun así y todo, marchó decidido; llevaba, sin embargo, consigo, a la vez que los resortes de su victoria, los gérmenes de su ruina y el esbozo de las

sombras que habían de empañar el brillo de sus triunfos.

Hasta allí su gloria no había tenido nubes que la ensombrecieran. Resignado y tenaz, se había avenido a luchar bizarramente con la obscuridad de su condición, para exclarecerla con el fulgor glorioso de sus abnegaciones, de su heroismo, para desafiar los peligros y vencer los obstáculos, sin que doblegaran su ánimo esforzado ni las pavorosas dificultades de la empresa, ni las contínuas vecindades de la muerte, cuya helada caricia sintió siempre tan cerca, en su dolorosa odisea de exploraciones por los inhospitalarios y desconocidos países que atravesó su constancia, sin un leve desmayo ni desaliento.

De allí en adelante las impaciencias de su ambición iban a sombrear el nimbo glorioso de sus triunfos con el halo siniestro de dureza inclemente que la historia se resiste a perdonar, aun ante la grandeza de la obra que realizó.

Aquellos brotes de celosa emulación que habían ya entibiado el afecto de su compañero Almagro, crecieron con la acumulación de cargos y honores que para sí había recabado de la Corte; todavía su corazón generoso intentó detenerlos, diciendo a su compañero que no habíalo podido impedir, por negarse el Monarca a dividir la autoridad, pero que él no había de ejecerla un momento sin su glorioso amigo. Aquel noble intento fracasó, porque a su lado llevaba a sus hermanos, que no se resignaban a este compartimiento del poder con un hombre que despreciaban.

En estas condiciones se reanudó la obra interrumpida, y ya, en el primer punto que arribó Pizarro

con sus tres navichuelos, en la isla de San Mateo, hizo sentir a los tímidos indios de Coaque la dureza de su brazo, prendiendo a su cacique y haciendo en ellos horrible destrozo, no justificado por la resistencia que opusieran. Pero en aquella tierra volvió a necesitar de nuevo de toda su presencia de ánimo para resistir las inclemencias del clima, que diezmaba a su hueste con la invasión de una peste horrible. Fué esta la última prueba que le hizo sufrir el destino. De aquí en adelante su marcha fué triunfal y sangrienta, dejando aterradoras huellas de su paso en los indios de Tumbez y en los de Puna, hasta llegar al ansiado confín del imperio de los Incas, aquel imperio opulento, fundado por los hijos del sol, según sus tradiciones, que entonces ardía en guerra civil, porque dos hermanos, hijos ambos del último rey Huayua Capac y de diversas mujeres de éste, se disputaban el trono. Uno, el legítimo, era Huascar; el bastardo era Atahualpa, y en el momento en que Pizarro tocaba las fronteras de aquel imperio, la victoria se decidía por el bastardo, que tenía ya en prisión a su hermano. Era tan propicio el momento, que al instinto guerrero de Pizarro no se ocultó la necesidad de aprovecharlo con toda premura. Penetró por aquel territorio resuelto, pero con cautelosa prudencia, procurando acentuar ante los caciques que al paso encontraba sus pacíficas intenciones, y tomando noticias sobre el sitio en que se encontraba la fuerza de que disponía e instrucciones que respecto de él pudiera abrigar Atahualpa.

Las noticias que recibía eran incoherentes y contradictorias. Resolvió tenerlas directamente, enviándole embajadores que le hicieran conocer sus pací-

ficas intenciones. El Inca, satisfecho de su poder, y conocedor del exiguo número de los castellanos, no dudó en dar crédito a aquellas protestas de paz, y entre admirado y curioso, y aún quizá creyendo encontrar en aquellos hombres extraordinarios un elemento más para el exterminio de sus enemigos, confió en las promesas de Pizarro. Este había penetrado ya pacíficamente con los suyos en Caxamalca, la gran ciudad, en cuyas cercanías se encontraba acampado el Inca con 50.000 combatientes, perfectamente pertrechados con las armas del país. La ciudad estaba deshabitada; desde allí mandó Pizarro con nueva embajada al célebre capitàn Hernando de Soto con quince caballos, y tras èl a su propio hermano Hernando Pizarro con veinte caballos, que fueron acogidos por el Inca con gran admiración, prometiendo acudir al convite que le ofrecía en la ciudad el Gobernador español; y en efecto, al día siguiente se puso en camino con su gente armada para hacer su prometida visita al extraño huésped, haciendo alto como a un cuarto de legua de la ciudad. Pizarro volvió a mandar emisarios para que no demorase hasta el día siguiente la visita, según parecía indicar aquella parada, y el Inca accediò poniéndose en marcha con su brillante séquito, sin detenerse ya a coger de nuevo las armas.

Pizarro, en cambio, tenìa a sus gentes preparadas para sorprender en la plaza de la ciudad a aquella muchedumbre indefensa, y así lo hizo, con aquella dureza inexorable de resolución que usó siempre para llevar a cabo sus audaces designios.

Cuando la enorme masa de indios, llevando en medio las andas de oro de su Emperador en hom-

bros de los más nobles personajes, se encontró reunida en la amplia plaza de Caxamalca, el dominico P. Valverde se aproxima al Inca con un crucifijo y una Biblia, haciéndole intimaciones para que reconozca y adore al verdadero Dios; el Inca coge en sus manos la Biblia y la arroja al suelo; se promueve una dura discusión entre el dominico y el Inca; se separan; éste habla a los suyos de pié sobre sus andas y se promueve en ellos un imponente rumor de indignación. El dominico va a dar cuenta a Pizarro de lo ocurrido; éste da a los suyos la señal, suena un tiro de arcabuz y caen los españoles sobre aquella multitud, matando a discreciòn, sin recibir una herida ni encontrar la más mínima resistencia en aquellos hombres, que se limitan a servir con sus cuerpos de animada muralla para su Rey. Pizarro sale entonces para evitar que maten al Inca; tira de sus vestidos y cae de las andas y entonces se esparcen despavoridos los restos de aquella muchedumbre acribillada.

Así se dió el primero y más decisivo golpe de esta conquista; de allí en adelante esta audacia, ensombrecida de pérfida crueldad, prosiguió obscureciendo los episodios de aquella grande obra, y como si esto no fuera bastante, las rivalidades de Almagro, enconadas por los hermanos de Pizarro y los amigos de aquel capitán, se acibararon hasta el punto de costar la vida a ambos caudillos. Almagro fué primero decapitado por los de Pizarro, pero sus partidarios no renunciaron a la venganza, y al cabo tramaron aquella conjura que acabó por asesinar a Pizarro en su propia casa, donde murió luchando con sus enemigos, a alguno de los cuales hizo mor-

der el polvo; pero al cabo cayó él, con el nombre de Jesùs en los labios y besando la Cruz, que hizo con su espada en el suelo.

Cuando muriò aquel hombre tenia unos sesenta y tres años, a pesar de los cuales jamás dejò de ser joven, ni en su vigor físico ni en los bríos de su ánimo esforzado. Lástima que la dureza bronca de su carácter, formado en la dura obscuridad de sus principios, y exacerbado por la ambición de sus hermanos, haya puesto motivos de execraciòn en la obra heróica de un corazón tan esforzado, un talento tan claro, una constancia tan indomable y una videncia natural tan penetradora y rápida para abarcar de una ojeada los más complicados problemas de aquella guerra.

Francisco Zurbarán

ABALMENTE el mismo año en que el gran Arias Montano moría en Sevilla, la ciudad que se envanece con la gloria de haber sido cuna de su cultura, esta fecunda tierra extremeña producia un nuevo galardón para las escuelas sevillanas.

Este nuevo galardón fué Francisco Zurbarán. Campesinos sus padres en Fuente de Cantos, no mal acomodados, viendo las lucidas disposiciones de su hijo, lo enviaron a Sevilla, donde uno de los maestros más insignes de aquella época, Pablo Roelas, descubrió las geniales grandezas de aquel alma de artista.

Veinticinco años contaba apenas cuando ya el marqués de Malagón le encargaba los cuadros que habían de decorar la capilla de San Pedro, con pasajes tomados de la vida de este Santo, y fué tal su acierto, que él le mereció ser encargado de decorar el retablo de Santo Tomás de Aquino, haciendo entonces su incomparable *Apoteosis de Santo Tomás.*

La vida de este insigne artista tiene de singular el transcurrir con la plácida y suave tranquilidad que transcurre casi siempre la vida de los hombres vulgares, y muy pocas las de los grandes hombres. Vivía tranquilamente en Sevilla del píngüe producto de sus pinceles y allí se casó con D.a Leonor Jordera, de quien tuvo varios hijos, y en cuya dulce compañía vivía apaciblemente.

Fué llamado a pintar los cuadros de la sacristía de Guadalupe, y terminadas las obras inmortales, que todavía se conservan en este monasterio, volvió a Sevilla donde pintó enseguida los maravillosos cuadros de la Cartuja.

Era harto esclarecida su fama ya, para que en aquel siglo de artistas y con un rey como Felipe IV, tan enamorado siempre de todas las gentilezas, no hubiera llegado a la corte su renombre.

Velazquez, el genio soberano de la pintura española, era un sincero y generoso admirador del artista extremeño, a quien conoció en Sevilla, en cuya compañía seguramente diera sus primeros pasos en aquel arte, cuyo dominio había de cubrirlos de gloria.

Era ya Diego Velazquez, en aquella corte del rey Felipe, todo lo estimado que merecía su genio, cuando a ella llegó la fama de los prodigios que realizaba Zurbarán; enseguida se apresurò a confirmarla induciendo al rey a que lo llamara.

Allá fué Zurbarán, pero con mejor fortuna que su paisano Morales, cuando fué llamado por el abuelo de este rey, que ahora llamaba al pintor de Fuente de Cantos.

No era un hombre desconocido; llevaba ya el

honroso título de Pintor del Rey con que le había honrado el padre de aquel monarca que ahora quería admirar sus obras; y cuenta la tradición una anécdota curiosísima y pintoresca que sirve para ponderar el entusiasmo de aquel rey artista y sentimental por sus grandes hombres.

Había puesto Zurbarán con ufanía su título de *Pintor del Rey* debajo de la firma de uno de sus cuadros, que pintó en Madrid. Violo el monarca y fué tal su entusiasmo, que su mano real tomò el pincel de la paleta del artista y bajo aquella subfirma puso esta otra: «y rey de los pintores».

Y había en realidad razòn para tales entusiasmos, aún en aquellos tiempos gloriosos en que vivía Velazquez.

La personalidad artística de Zurbarán tiene un vigor tan recio que no la esfuma ni desvanece el explendoroso brillo de aquel verdadero sol de nuestra pintura, aun habiendo los dos bebido en la misma fuente; en el venero fecundo y santo que la naturaleza, la realidad viva tiene para el arte.

También en este caso, como en el de Morales, fracasan los críticos y biógrafos, buscando parentescos y conexiones del arte de Zurbarán con los demás de aquellos tiempos; nada tan singular como ver que se le llamaba el *Caravaggio* español a este pintor que tenía doce años, cuando aquel artista italiano muriò, que nunca estuvo en Italia, ni vió por tanto sus cuadros y que sólo conoció aquel estilo, o pudo conocerlo por las imitaciones del *Españoleto*.

Sería muy dificil señalar de una manera atendible los puntos de contacto del pintor extremeño con el italiano.

Hay que buscar en este caso la razón del estilo, de la íntima personalidad del artista, en el ambiente en que vive su espíritu, como vimos respecto de Morales.

Vivía Zurbarán, como hemos dicho, apacible y complacidamente una vida tranquila, morigerada, cristiana, en una población alegre y riente como Sevilla, pero de ensoñadora espiritualidad de fantasía galana y de ardiente pietismo lleno de esplendores luminosos: todo ello se refleja vigorosamente en sus cuadros; hasta aquella delectación complacida que el espíritu meridional tiene en la vida de la naturaleza y en sus bellezas tangibles.

Los frailes, los santos de Zurbarán, tienen una apacible y serena unción mística que deja ver la santa paz de los espíritus tranquilos que descansan en el regazo blando del divino amor; pero todavía en la tierra, sin desligarse aún de las vestiduras bellas de la carne en la vida terrena y aún ofreciéndola en holocausto ante el altar de sus amores como ofrenda de gratitud.

No hay jamás en los religiosos de Zurbarán, aquellas singulares y magníficas audacias arrebatadas del Greco para espiritualizar la carne dándole formas y transparencias de almas arrobadas y estáticas, ni mucho menos aquellas lobregueces aterradoras del *San Pedro de Alcántara* del Escorial, que se puso tan de moda entre los aficionados a pintar los místicos transportes con tonos de imponente terror religioso. Es todo lo contrario; nuestro artista no considera nunca incompatibles con los arrebatos de ardimiento religioso, ni aún los esplendores bellos de la vida social, no ya las opulencias de la naturaleza viviente.

Vírgenes pinta yendo al martirio, como la Santa Casilda del Museo de Madrid y las que están en el Hospital de la Sangre de Sevilla, que aparecen vestidas, según los casos, como lujosas infantitas o pintorescas campesinas, en cuyos trajes recuerda todo el lujo colorista que aprendiò en el estudio de Roelas donde se meció la cuna de su genio, y ni un detalle de encanto de indumentaria ni de belleza material en aquella lozanía de juventud, omite el artista; sabiendo, sin embargo, su genio derramar sobre aquellas realidades naturales, como un óleo de santidad que las perfuma con todos los aromas del amor divino, cuyo incendio sagrado las arrastra a los sublimes sacrificios de sus martirios.

La nota más original de la inspiraciòn de este artista consiste en saber infundir en la naturaleza llena de vida, copiada con toda exactitud, toda la idealidad religiosa del fervoroso espíritu cristiano.

Después que fué a Madrid, debió salir pocas veces de la corte. Testimonios hay de que fué llamado por obispos de Badajoz, para que pintara en su Catedral; pero el gran artista defirió su venida por mposibilitarle acceder a aquellos ruegos los trabajos que le encomendaba el rey; y al fin murió en Madrid sin llegar a hacer su viaje, en el año 1663, a los setenta y siete de su edad,

Sus obras están diseminadas por España y por Europa; y siguen siendo objeto preferente de admiración en el mundo del arte.

Melendez Valdés

A calle de Sordolodo era quizás de las más estrechas y sombrías que había en Salamanca en el siglo XVIII; aumentaba su lobreguez el estar llena de fraguas cuyas negruras eran solo rotas por el fulgor de las chispas que se cruzaban de unas a otras herrerías.

En una de las pocas casas, no dedicadas a esta industria, vivía hacia el año 80 de aquel siglo, un joven como de unos 26 años, de aspecto enfermo y porte distinguido, pelo rubio y abundante, facciones menudas y finas y maneras suaves y dulces que le hacían en extremo interesante.

Todas las tardes salía lento y solo aquel joven enfermo, y después de pasear algunas horas por las riberas del Tormes, volvía a su modesto domicilio, escondido entre las fraguas de aquella calle oscura, como la «caverna de los cíclopes,» según llamaba él mismo a su vivienda con melancólica ironía.

A aquella casa concurrían muchos hombres de notorio valer que ya alcanzaban en las letras pátrias gran renombre, y al enfermo prodigaban el

consuelo de sus afectos, de su admiración y de su frecuente compañía. Era aquella una época aciaga y triste para este joven, ya notable, que se llamaba D. Juan Melendez Valdés. Sus padres, hidalgos no muy ricos de Rivera del Fresno, donde él había nacido, acababan de morir, y poco después, moría también su hermano mayor D. Esteban, el secretario del Obispo de Segovia; este hermano de D. Juan, había sido para él un segundo padre; a su lado vino, apenas se instruyó en latinidad en el propio pueblo, y gracias a él, obtuvo la protección de aquel prelado bajo cuyos auspicios fué por primera vez a Salamanca para hacer sus estudios de Derecho.

Su inteligencia, su inspiración de poeta, su asiduidad estudiosa y sobre todo, aquella suavísima dulzura de su caracter, le habían grangeado amistades sinceras y efusivas con lo más florido de los entendimientos salmantinos, sobre todo, entre los que se dedicaban al cultivo de las bellas letras.

Así fué que, al verlo pasar el difícil trance de aquellos multiplicados reveses de la fortuna, no lo abandonaron ciertamente, sino que todos a porfía rivalizaban en prodigarle los consuelos de su solicitud y afecto.

Pero nuestro poeta, decoroso y modesto, contestaba a las ofertas protectoras diciendo bondadosamente «la ley misma de la amistad que nos manda que nos valgamos de ella en la necesidad, manda también que sin ella no abusemos de su confianza».

D. Gaspar Melchor de Jovellanos respetò aquella noble altivez que se resistía a poner gravamen sobre la amistad, mientras en su escaso patrimonio que-

Melendez Valdés.

daran medios de evitarlo. Y el insigne sabio no se dió por ofendido al ver rechazada aquella generosa oferta de casa y socorros que tan sinceramente hizo al poeta, cuando lo vió tan desvalido de familia y hasta de salud, a causa de aquella larga y peligrosa enfermedad que le acarrearon las vigilias de sus estudios y los dolores de sus desgracias.

Era aquel un bello tiempo de refinamiento y delicadezas sentimentales; aquellos poetas llenos de sabiduría, henchidos de lecturas antíguas, ponían sobre la propia, una segunda naturaleza, y vivían transportado al mundo de sus ensoñaciones eruditas y de sus delectaciones artísticas. La lectura y estudio de Grecia y de Roma eran furor, y, sobre todo, los refinamientos sentimentales y atildados de los poetas pastoriles. En este punto se llegaba a extremos mucho más exagerados que los del siglo XVI, cuando Garcilaso trajo a la moda el género.

Formaban una especie de Arcadia ideal los eruditos en sus academias y tomaban los nombres de los pastores más famosos en las èglogas del tiempo antiguo.

Batilo era el nombre de guerra de nuestro Melendez; así como *Jovino* era el de Jovellanos, *Delio* el de Fray Diego González y asi los demás.

He citado estos dos, porque son los dos amigos quizás más íntimos, más cariñosos y más entusiastas de nuestro poeta; también lo fué Cadalso, el sentimental autor de las *Noches lúgubres*, pero éste era su maestro y la relación entre ambos, aunque fué siempre de cordialísimo afecto, era necesariamente de otra clase.

Restablecido de su enfermedad, se licenció y doc-

toró en leyes; pero poco antes obtuvo el triunfo literario que consagró definitivamente su fama de poeta.

Dos concursos había celebrado ya la Academia Española para excitar la emulación de nuestros vates nacionales. Melendez no se encontrò con fuerzas para concurrir al primero; al segundo tampoco se atrevió, porque el metro que se exigía, el romance heróico, excitaba su más profunda aversión; pero al tercero no hubo ya razón ninguna; era una égloga lo que se pedía; precisamente el género de sus predilecciones. Entonces escribió su *Batilo*, la égloga que le mereció el lauro y consolidó su fama en el mundo literario.

Iriarte, el insigne fabulista, tan instruido y laborioso como mal poeta y desagradable versificador, no perdonó jamás a Melendez la amargura que le hizo saborear con esta *derrota*. El en las dulces y halagadoras ilusiones con que el amor propio obscurece los entendimientos, aun los más poderosos, se creía más digno que Melendez de aquel lauro. Y al lado de Iriarte formaron falange los competidores de Melendez y de sus amigos y admiradores; pero Melendez no era hombre de pelea; él continuaba su camino, y el golpe más fiero que dió a sus adversarios fué la publicación del primer tomo de sus poesías, de que se consumieron en breve cuatro ediciones, tres de ellas clandestinas. Pocos poetas habrán quizás alcanzado tan estupenda popularidad; su libro se encontraba en las casas de todas las clases y condiciones, y sus versos eran aprendidos y recitados de memoria en largas series hasta por los más incultos labriegos.

Sin embargo, las letras no daban entonces más

que popularidad y honores que no eran suficiente para cubrir las necesidades de la vida.

Nuestro poeta disfrutaba de aquella escasa fortuna que a la muerte de su familia le permitió acabar sus estudios de leyes sin ser gravoso a la generosidad de sus amigos; pero el tiempo transcurría, los recursos se iban agotando y el poeta, casado ya en Salamanca con D.ª Andrea de Coca y Figueroa, hidalga también y de escasa fortuna, necesitaba resolver su situación económica.

Su nombre de poeta era tan grande y tal su prestigio ya entre los influyentes en las altas esferas del gobierno, que no le fué difícil obtener una plaza en la magistratura, entrando primero como alcalde del crimen en Zaragoza y ascendiendo después con facilidad en la carrera, sobre todo, cuando su amigo Jovellanos llegó al ministerio de Gracia y Justicia. Sin embargo, sería un error creer que sólo la influencia de su renombre de poeta y sus amistades lo sostuvieron en tan elevado puesto siendo en él una figura meramente decorativa, porque le sobraban a Melendez Valdés talento y cultura jurídica para merecer aquel cargo donde se distinguió como una de las primeras y más altas reputaciones de nuestra magistratura.

Trabajos hizo entonces, como la acusación fiscal por la muerte de Castillo en Zaragoza, que corrió mucho tiempo impresa en las escuelas forenses como un modelo de saber y de elocuencia.

Lo que ocurre es que el estruendo de sus triunfos de poeta apaga todos los respetuosos rumores de amiración que, en las esferas de la jurisprudencia, conquistaba. ¿Cómo ha de compararse ninguno

de sus triufos forenses con el que le dió su oda á las Artes en la Academia de San Fernando?

Y llegò a tanto su prestigio, que ni aun sus extravios se atrevían a rechazar en los cenáculos literarios, como ocurrió con *Las bodas de Camacho el viejo*, que obtuvo premio entre los cincuenta y siete que se presentaron para celebrar el natalicio de dos infantes gemelos, y ni la tal obra ni *Los menestrales*, de Trigueros, que con ella compartió el laurel de aquella victoria, honran el estro de sus autores; pero sin duda alguna, poco aceptables, debieron ser todas las demás cuando de ninguna de ellas queda el nombre.

El abrumador trabajo de su cargo y su honrada asiduidad para cumplir fielmente sus deberes, lo tuvieron largo tiempo apartado de la literatura a la que solo dedicaba algún que otro esparcimiento; pero llegaron para sus amigos los días adversos de la fortuna, y en su caida arrastraron a nuestro poeta; fué suspendido en sus cargos, reducido a la mitad del sueldo y desterrado a varias poblaciones; la última de ellas fué Salamanca.

Esto, que era un contratiempo para su fortuna, para su prosperidad, fué en cambio una ventura para las letras, porque, en aquel forzado reposo, vuelto a la poblaciòn sabia de sus recuerdos, de sus amores, de sus estudios, no se ocupó más que en los nobles deleites de su espíritu de poeta y de erudito. No tenía en las zozobras del destierro la paz de espíritu indispensable para producir en abundancia; pero su forzada inacción le dejaba holgado tiempo para entregarse con avidez a sus lecturas en aquella biblioteca suya que cuidaba con tanto es-

mero y que llegó a ser una de las más selectas y ricas de su tiempo. Y entonces tuvo espacio para coleccionar y publicar sus obras, de las que solo había publicado el tomo primero de que hablamos antes. Volvió al fin la bonanza para sus amigos y se vió restituído en sus cargos y honores, pero este fué el último destello de su fortuna, que había de apagarse en breve, dando lugar a las melancolías dolorosas de los más duros infortunios que vinieron a amargar los días aciagos de su vejez.

Llegaron los tempetuosos acontecimientos de la invasión francesa, y en Madrid le sorprendió la gloriosa tragedia del *Dos de Mayo*. Quiso retirarse a la tranquilidad de su apacible hogar de Salamanca, pero no le fué posible, y la debilidad de su temperamento le hizo aceptar una comisión que el gobierno francés le dió para Asturias, donde estuvo a punto de morir ignominiosamente bajo las iras del pueblo, si la clemencia del cabildo de Oviedo y las comunidades religiosas, sacando el Sacramento y la famosa Cruz de la Victoria de aquella Catedral, no hubiera logrado interponerse cuando estaba atado a un árbol para morir a manos de las turbas con su compañero de comisión el conde del Peñar.

Regresa a Madrid cuando los franceses, después de su derrota en Bailén, habían evacuado la corte; pero vuelven repuestos sobre ella, y los patriotas se refugian en Andalucía.

Melendez, por sus achaques y su penuria, se ve imposibilitado de seguirlos y se encuentra en Madrid desvalido y solo, sin que su renombre le permitiera al menos el recurso de pasar desapercibido, y no tuvo energía para negarse a aceptar los altos

cargos que le ofreció el gobierno intruso, como hubiera sido su deseo.

Llegó el día de la victoria definitiva de España, y el poeta se vió obligado a pasar la frontera con el derrotado ejército francés.

Saqueada su biblioteca de Salamanca, arruinado y enfermo, salió de su patria aquel grande hombre cubierto de oprobio. ¡Ya no te veré más! – dijo arrodillándose y besando la tierra española, al pasar la frontera mojada de sus lágrimas.

Y en efecto, cuatro años después, moría en brazos de su esposa, que le siguió siempre amante en todos sus infortunios, endulzando, con sus caricias, las crueles amarguras que atormentaron aquella vejez que debió ser tan tranquila y tan gloriosa.

Muñoz Torreró

UANDO ocurrió la conflagración que en España produjo la invasión francesa, de entre aquellas ruinas de nuestra gloriosa monarquía, avejentada y carcomida por su afrancesamiento a la venida de los Borbones, surgió una falange gloriosa de espíritus fuertes, que se obstinaron y consiguieron levantarla en sus robustos brazos. Pero esto no ocurrió pacífica y solidariamente, como hubiera sido de desear que ocurriera, luchando todos por el mismo objeto; el viento de las doctrinas innovadoras de la política francesa había penetrado en España y dividía los espíritus con enconos infranqueables y sangrientos. Y es un dolor ver cómo aquellos hombres, enamorados todos hasta el sacrificio de la gloria y de la prosperidad de su patria, se combatían como enemigos, porque cada cual quería realizar la obra por caminos diversos.

Así no es extraño que hombres tan austeros, tan heróicos como Muñoz Torrero por ejemplo y Que-

vedo y Quintana, creyentes fervorosos de la misma religión, sacerdotes de la misma iglesia y enamorados ardientemente de su patria, se mirasen como enemigos. Muñoz Torrero era un espíritu indudablemente superior. Sus talentos excepcionales habían ya atraído la atención sobre él mucho antes que se convocaran las famosas Cortes de Cadiz. Había nacido en Cabeza del Buey por el año 1761 y después de estudiar en su propio pueblo latinidad, pasó a Salamanca, donde todavía joven, fué catedrático, despuès de ser sacerdote.

Veintiseis años tenía cuando le fué encargada por Carlos III la confección de un plan de estudios, donde ya se manifestó su poco afecto a las tradiciones consagradas y su decisión para contender contra ellas.

Jovellanos y los suyos lo alabaron y contaron en su hueste, y esto hizo que el Príncipe de la Paz lo mirase desde luego con desafecto, determinando todo ello las actitudes que adoptó en el resto de su vida.

Por fortuna la historia se va abriendo camino y penetrando con sabia y piadosa mirada entre los tumultos de los apasionamientos que ocultaron el fondo noble de unos y otros en aquella enconada contienda; ya no es Godoy un monstruo de maldades, como lo presentaron los liberales que hicieron su historia, heridos de la reciente lucha; ni Muñoz Torrero un furibundo revolucionario y enemigo de los derechos de la Iglesia, como lo pintaron los reaccionarios a raiz de la contienda.

Ambos bandos sufrieron un error que les impidió conocer que luchaban por la misma causa: los in-

novadores, en su inquina contra los vicios de la añeja constitución española no repararon en que destruían también sus virtudes, y los reaccionarios en su afán de conservar las esencias inconmovibles de la patria, no miraban que nada tenían que ver con ellas aquellos vicios que las impurificaban.

Llegó aquel momento solemne en que la patria española sintió suspendida con terror su vida después de la convulsión del 2 de Mayo, y el espíritu español encarnó en aquella Junta suprema, que se instaló primero en Aranjuez y se trasladó luego a Sevilla, y en Cádiz se constituyó definitivamente. Sonó la hora suprema de reconstruir la patria. A esto obedeció el propósito de reunir las cortes.

Pero ¿cómo habían de ser las cortes? de esto dependía el desenvolvimiento futuro que había de tener la marcha del país. Había ya muerto Floridablanca, que defendía el criterio de que debían ser cortes a la española, donde fueran representados los estamentos, como en las viejas cortes de Castilla.

Predominaban los partidarios de la representación individualista, al modo como lo entendían y enseñaban los revolucionarios franceses.

Así se hizo y entre los elegidos para constituir aquella asamblea famosa que fué cuna del parlamentarismo español, figuraba Muñoz Torrero.

Quizá no pudo tener mejor acierto el parlamentarismo de España que la elección de este hombre para que asistiera a su nacimiento, porque a él debió el nuevo régimen la primera palabra de su vida.

Estaban reunidos aquellos legisladores todos con plena certidumbre de sus resoluciones en favor de su patria; pero con una vaguedad y confusión la-

mentable respecto a los caminos que habían de emprenderse. Era un momento grave de indesición, donde se necesitaba la gran serenidad de un entendimiento capaz de abarcar con clara penetración el alcance y la importancia de los pasos que se iban a dar.

Este entendimiento fué Muñoz Torrero; el que indicó los caminos, las orientaciones; el que consagró la importancia y el caracter de la funciòn que desempeñaban y sobre todo, la naturaleza de la institución que allí nacía.

Desde entonces puede decirse que Muñoz Torrero fué el verbo de aquella asamblea. Así como Argüelles representaba la acción, Muñoz Torrero representaba la doctrina, el credo en que se fundaba aquella legislación, que había de ser la nueva sábia que se quería infundir en el organismo nacional. Todo el articulado de la constitucíón del doce fué debido a Muñoz Torrero, y desde entonces puede decirse que fué el alma de las cortes y el oráculo del partido liberal. Su vida, después de esto, corrió todos los azares y vaivenes que sufrió esta escuela política.

Acabada la guerra, se libró al fin de la contienda que antes de ella amenazaba ya estallar entre los innovadores del régimen y los obstinados en mantenerle sin reforma alguna. El rey Fernando, por desgracia, no tuvo caracter ni abnegación para encauzar aquella contienda que con sus vacilaciones acibaró y enconó más furiosamente.

Muñoz Torrero sintió en su fortuna todas las alternativas de la lucha; sus adversarios no le perdonaban haber sido el alma de aquellas cortes y el

Muñoz Torrero

inspirador de aquella Constitución, que fué la primera semilla plantada en tierra española, de las instituciones que inspiraban sus antipatías.

Seis años, desde 1814 a 1820, estuvo Muñoz Torrero recluido en el convento de San Francisco del Padrón, donde lo tuvo confinado el temor mas que el odio de sus enemigos, porque inspiraba mas temor su talento y su prestigio, entre las huestes liberales que odio por su radicalismo y apasionamiento, en los que jamás llegó a perder la serenidad de su espíritu reflexivo y equilibrado.

El año 20 triunfaron los doceañistas, como llamaban a los partidarios de la Constitución del 12 y como es natural, Muñoz Torrero recibió todo género de satisfacciones; volvió a ser elegido diputado por Extremadura y presidente de la Diputación permanente que constituyó la Cámara, y propuesto a Roma por el gobierno para ocupar la Sede episcopal de Guadix, sin que el nombramiento llegara a ser aceptado por la Santa Sede.

Este favor de la fortuna duró poco. En el año 23 cayeron los doceañistas y comenzó para Muñoz Torrero el último y mas duro calvario de sus desdichas. Se retiró primero a Extremadura, y no encontrándose seguro emigró a Portugal; pero este reino ardía entonces en una discordia civil no menos enconada que la de España, y tuvo la mala suerte de caer en manos de realistas portugueses, cuando se dirigía a Lisboa para embarcar con rumbo a Inglaterra. Fué encerrado en la Torre de San Julián de la Barra y allí inhumanamente tratado hasta que murió el 1829. Aunque se rebaje del relato que los liberales portugueses hacen lo que corresponde al apasionamiento,

todavía queda mucho y muy triste que lamentar, en lo cruel del trato que se dió en aquella prisión al infeliz Muñoz Torrero emigrado, anciano ya y desvalido, que por todas estas causas, aún para los que se negaban a admirar sus talentos, era digno, al menos, de la piedad y del respeto que siempre inspira el infortunio.

Su cuerpo, que fué enterrado medio desnudo, junto a los fosos de la torre donde murió, en 1864 fué trasladado con gran pompa y solemnidad a Madrid, donde fué enterrado junto a sus correligionarios Cajatrava y Argüelles en la Sacramental de San Nicolás.

Juan Bravo Murillo

EN los tumultuosos días que atravesaba la política española por el segundo tercio del pasado siglo, se hacía necesaria la aparición de un espíritu firme y entero, capaz de sobreponerse a las oleadas furiosas de los encontrados enconos, que hacían extremecer con su violencia los cimientos de la patria, y afirmar con férrea mano los sillares de esos cimientos. Extremadura tuvo la fortuna de dar ese hombre a la patria española en el insigne hijo de Fregenal, que se llamó D. Juan Bravo Murillo, espíritu frío, sereno y ponderado, capaz de mirar con calma imperturbable, en medio del fragor de aquellas estrepitosas contiendas, el punto de mira a donde debían dirigirse los esfuerzos de los que quisieron evitar la completa ruina del pais.

Había adquirido este hombre una sólida educación intelectual; estudió primero Teología en Salamanca y luego leyes en Sevilla; sus padres, modestos hijos de Fregenal, regularmente acomodados, no le esca-

timaron medios para que completara su cultura; y él se dió buena traza a aprovecharlos bien, porque, apenas terminada su licenciatura en leyes, ya su reputación de jurisconsulto en Sevilla, alcanzó tanta respetabilidad que no tardó en obtener, a pesar de su juventud, puesto tan importante como la Fiscalía de Cáceres y desempeñando estaba este cargo cuando ué elegido diputado por su provincia para las cor· es del año 37.

Por esta época tenía Bravo Murillo treinta y cuatro años y su fama de jurisconsulto y economista había andado mucho camino entre los hombres ilustres de aquellos tiempos. Su presencia en las Cortes confirmó plenamente la opinión que de él se tenía.

Aquella palabra serena, limpia, abundante y llena de doctrina, se imponía con el imperio que da a los hombres superiores la plena seguridad de su propia grandeza.

Parecía puesto su espíritu firme y penetrante como el contrapeso de todos los violentos sectarismos que nublaban entonces el horizonte político del país. Las demasías apasionadas de la derecha, entre las cuales militaba este grande hombre encontraban freno sorprendente para ellas en las sinceras complacencias con que el gran economista aceptaba de las escuelas mas avanzadas a veces, todo cuanto consideraba necesario y conveniente para reacer la maltrecha Hacienda española.

Eran aquellos dias muy aciagos para la vida económica de la nación; a los estragos de la guerra civil, se unía aquel vértigo de apasionamientos políticos, que acaparaban la atención de todos los gran-

Bravo Murillo.

des talentos en las luchas de las escuelas y los partidos, dejando en lamentable abandono los grandes problemas de la Hacienda cuya complicación, cada vez mas alarmante, amenazaba al pueblo con la ruina y la miseria.

Y sin embargo, nadie se atrevía a poner mano valerosa en la solución de esos problemas, por miedo a restar fuerzas en las huestes políticas que contendían, al imponer los sacrificios pecuniarios que exige siempre la regulación austera y fuerte de los negocios económicos de un pais.

La voz de Bravo Murillo se alzó ante la representaciòn nacional con tan imponente autoridad que los hombres de todas las banderas se vieron obligados a rendirle acatamiento, aunque temían las rígidas desgarraduras que en las ambiciones de unos y otros bandos pudieran producir los procedimientos, que en la práctica de aquellos planes económicos se hacían indispensables.

Por primera vez ocupó un puesto en el Consejo de Ministros Bravo Murillo en el año 47 desempeñando la cartera de Gracia y Justicia, que abandonó a los pocos meses. Su puesto no era este. El problema que le preocupaba en primer término, a cuya solución consagró las mas claras luces de su luminosa inteligencia y los mas nobles esfuerzos de su férrea voluntad, estaba en la situaciòn económica del pais y comenzó a hacer un apostolado del plan económico que defendió con tanta elocuencia, con tal riqueza de doctrina y tan arrolladora fuerza de lógica, que al fin sometió a su razón a los mas implacables enemigos, que no se atrevían a combatirlo en el terreno de las doctrinas.

Pero no era esta sola la preocupación de este grande hombre de nuestra política. A la penetración de su entendimiento no se ocultaba que, para hacer prosperar en la vida nacional cualquier plan regulador de su marcha económica, se hace necesario cimentar vigorosamente el edificio del orden y de la paz pública, y esto solo se logra rodeando de prestigio el principio de autoridad y restableciendo la calma en la agitación tumultuosa de las conciencias.

La experiencia le había enseñado estas verdades en los obstáculos que encontró para restablecer el orden de la vida económica del pais a su paso por los ministerios de Fomento y de Hacienda, el año 47 al 49, a pesar de la popularidad que habían logrado sus doctrinas y procedimientos en la conciencia pública.

Por eso, cuando llegó en 1851 a la Presidencia del Consejo de Ministros, fuè su primer empeño restablecer la paz religiosa con el concordato que regularizó definitivamente las relaciones del Estado con la Iglesia, cortando los extragos de la anarquía religiosa que turbaba las conciencias, y a la sombra de una mayor vigorización del principio de autoridad pudo aplicarse a la implantación de su plan económico y al desenvolvimiento de la prosperidad material, mediante la realización de importantes obras públicas, que multiplicasen las comunicaciones para la circulación de la riqueza, y que llenaron necesidades pública tan apremiantes como la que vino a satisfacer en Madrid la construcción del Canal de Isabel II, que abasteció de las aguas del Lozoya a la Corte española.

Fué, pues, Bravo Murillo, la primera representación que tuvo en España la política de mesuradas ponderaciones, que personificó más tarde Cánovas del Castillo, quitando a las conquistas revolucionarias la tumultuosa violencia que las esterilizan y poniendo a los apasionamientos reaccionarios el freno de la cordura, que deja abierto el campo a las innovaciones asequibles, mientras no debiliten los indispensables cimientos de la autoridad necesaria para que los progresos de la vida pública se realicen sin peligro de la paz y la tranquilidad de los pueblos. Su labor de apostolado en el orden jurídico y en el económico fué verdaderamente asombrosa, como lo demuestra la copiosa doctrina aun no envejecida, que se contiene en sus librosy discursos.

La última parte de su vida la pasó consagrado a estas tareas doctrinales, sin intervenir directamente por sí en la política, aunque era como jefe, el inspirador del partido moderado que acaudillaba, hasta que la revolución de Septiembre le determinó, ya anciano, a retirarse definitivamente de las contiendas de la política activa, muriendo en Madrid el 10 de Enero de 1873 entre la admiración y el respeto de amigos y adversarios y siendo despues trasladados con gran pompa sus restos a Fregenal, cumpliendo su disposición testamentaria.

Este noble pueblo honró con entusiasmo a su hijo, poniendo su nombre a la calle de Jara, donde nació, y señalando la casa con una lápida que se descubrió con gran solemnidad al mismo tiempo que se tributaba igual honor a la memoria del sapientísimo Arias Montano a quien también tiene ese pueblo la fortuna de contarle entre sus hijos.

Juan Donoso Cortés.

L mismo año 37 del pasado siglo, en que la provincia de Badajoz tenía la fortuna de mandar a las Cortes, entre sus representantes, a D. Juan Bravo Murillo, mandaba tambien a la Cámara popular otra lumbrera de nuestra política, que había de ser una de las más preciada glorias de su región y de su patria.

Este hombre era un joven que a la sazón contaba solo 28 años; había nacido en el pueblecito que se llama Valle de la Serena y había estudiado filosofía y derecho en Salamanca: se llamaba D. Juan Donoso Cortés.

Cuando por primera vez fué elegido diputado, ya su nombre era conocido en España como una de las mentalidades en que más esperanzas de eximios frutos podían cifrarse.

También como Bravo Murillo comenzó a dar los primeros detalles de su alto valer en Cáceres, pero no en el terreno de la Jurisprudencia ni de la Magis-

tratará, como el insigne hijo de Fregenal sino en el Colegio de Humanidades de aquella población, donde desempeñó brillantemente una cátedra de literatura.

Allí fué donde dió la primera gallarda prueba de la arrebatadora elocuencia que había de honrar tanto a nuestra tribuna y a nuestras academias, en un magnífico discurso de apertura, que extendió rápidamente su fama por el pais.

Poco después, en 1832, dirige a Fernando VII una admirable *Memoria sobre la situación actual de la Monarquía,* y su nombre adquiere con esto un prestigio asombroso entre los mas renombrados políticos de la nación, que vieron aparecer en él una de las más preclaras y altas mentalidades de la política española. Pero la genialidad de este grande hombre tiene un aspecto enteramente diverso a la de su paisano y contemporáneo Bravo Murillo.

Así como este representaba el vigor resistente de la ponderación que detenía los ímpetus de los encontrados apasionamientos ante el valladar inconmovible de la reflexión para conservar los firmamentos fundamentales de la vida de los pueblos, Donoso Cortés representaba el ardor impetuoso de las grandes contiendas que habían de librarse en aquella honda crisis de la conciencia pública en España.

Filósofo y artista a la vez, penetraba en los hondos problemas de la razón y ponía luego en la defensa de sus convicciones todo el ardimiento de su alma de artista, más enamorado de la belleza que encerraban los descubrimientos de su penetración, que de la eficacia de su verdad para el porvenir de los pueblos.

Su elocuencia era cálida y brillante, con tal fuerza sugestiva, que arrastraba durante el transcurso de sus oraciones a los espíritus menos adaptables al sentimiento de las verdades que exponía.

En un principio fué un enamorado de aquellas novedades que los hombres de las Cortes de Cádiz habían traido a la política de nuestro pais.

A la muerte del rey fué un entusiasta defensor de su hija Isabel II, y la reina Gobernadora le otorgó una decidida protección, que le sirvió para ocupar altos cargos políticos.

Secretario del Consejo de Ministros fué en el ministerio de Mendizábal; por la clara intuición de su gran talento comenzó a vislumbrar las luctuosas lontananzas que a lo lejos se divisaban, por los derroteros que emprendía la política llamada progresista, y se separó de aquel ministerio, comenzando desde entonces la honda evolución que había de transformar las convicciones de su espíritu.

Hombre de corazón sensible, más bien de altos sentimientos y penetradoras intuiciones de artista, que de frias y áridas reflexiones de analizador, abrazó la causa de aquella reina Gobernadora, desairada y mortificada por el vendabal de la ingratitud, cuando Espartero le discutió y le ganó la regencia, y con ella fué al destierro, haciendo corte al sufrimiento y a la desgracia de aquella princesa caida del pedestal de sns grandezas.

No volvió a su pais hasta que no entró, en el año 43, acompañando victoriosamente a su reina, que premió aquella romántica lealtad confiriéndole la educacióa de su hija la Reina Isabel. La tribuna española volvió a escuchar asombrada aquella elo-

cuencia vibrante y hermosa, que aleccionada ya con los documentos de la experiencia, vaticinaba como un profeta de augurios siniestros todas las decadencias que, para la prosperidad nacional, había de encontrarse en la prosecución de aquellos derroteros de las modernas democracias, engañadas con el florido explendor de idealidades venturosas y fingidas que fantaseaba el ingenioso candor de nuestros liberales de entonces.

En sus discursos de aquella época y en sus obras maravillosas sobre política y sociología, hay tal visión del porvenir, que parecen escritas para nuestros días y en nuestro tiempo.

Es un asombro el caudal de erudiciòn filosófica, sociológica y política que se almacena en sus discursos y en sus escritos de este tiempo, y admira aún más que estas frases y hondas lucubraciones no agotaran la fecunda actividad de aquel espíritu prolífico, que todavía tenía tiempo para dedicar al arte el entusiasmo de su culto en obras dramáticas, epopeyas y elegías, y, sobre todo, en lecturas profusas y abundantes de todo el tesoro de nuestra literatura universal, que tan asombrosamente manifiesta conocer y saber sentir y juzgar en sus obras críticas y en aquel inmortal dechado de belleza y arrobadora elocuencia que nos dejó en su discurso sobre la Biblia, con el que hizo su entrada en la Academia Española, y que es uno de los mas brillantes monumentos del habla castellana.

No volvió a desempeñar cargo en la polìtica activa, pero su alta mentalidad no podía ser dejada de utilizar por la nación, y se le confirió la embajada de París.

En aquella capital murió, todavía sin llegar con mucho a la vejez, a los 44 años este hombre grande que en su corta vida hizo que Europa entera volviese con admiración entusiasta sus ojos a los vigorosos destellos del pensamiento español.

Carolina Coronado.

ACE pocos, muy pocos años, no pasa mucho de tres, el vecindario de Badajoz se vió sorprendido por un espectáculo extraño y lúgubre, cuyo sentido se escapaba a la penetración de las gentes atónitas que lo observaban.

Era un cortejo fúnebre. Veíanse dos lujosas carrozas, llevando cada una un ataud, a las que seguían solemnes y enlutados los hombres de mayor relieve intelectual y social de la población.

Los ataudes habían venido en fúnebres furgones del tren de Lisboa, y a la entrada de la población los esperaba aquel brillante cortejo y una curiosa y apiñada multitud. Era el entierro de una mujer ilustre, que se había sobrevivido mucho tiempo y que ahora nos sorprendía con su funeral, un entierro enteramente extraño e incomprensible, para los que no conocieron el alma romántica y amorosa de Carolina Coronado.

Los que tuvieron la fortuna de conocer en Badajoz, allá por el año 45, a esta mujer inspirada, no

hubieran extrañado este funeral, en que el incendio amoroso de aquel alma sensible y apasionada ponía la huella ardiente de sus arrebatados amores, como si desafiara su fuego a las nieves impías del sepulcro.

Por aquel año, apenas había cumplido 22 esta bella poetisa, y ya los acentos de su lira habían resonado tan dulcemente en España, que sus versos se recitaban como una oración, que repetían devotas las almas románticas de aquellos días felices de ensueños y fantasías doradas y sentimentales.

Fué aquella, para Badajoz, una época gloriosa en que florecieron en su recinto entendimientos de gran valer.

Los periódicos de aquellos tiempos ostentan firmas tan esclarecidas como las de Gabino Tejado, Valaguer, Pirala, Eulogio Florentino Sanz y al lado de èstas, la de Carolina Coronado, como reina de una dulce corte de amor, en que figuraban Angela Grassi, Tomasa González, María Cabezudo, Joaquina Ruiz, Robustiana Armiño y algunas otras de menor renombre.

Era la época de los dulces devaneos sentimentales, que arrebataron las fantasías juveniles de una generación que ha dejado tras de sí, un rumor dulce y misterioso de ensueño, que siempre tiene algunos ecos en las almas.

En aquel ambiente se destacaba la figura bella y espiritual de Carolina, con encantos sugestivos que atraían poderosamente la atención. Su alma excelsa había nacido para sentir todos los encantos de las más íntimas bellezas de la vida. Joven, niña todavía, cuando no había salido aún de Almendralejo, donde

nació y donde pasó solamente su infancia, escribió su primera canción, en que lloraba la muerte de una alondra; aquella alondra que tuvo la fortuna de ser enterrada junto a una encina por sus manos infantiles, sirviéndole de sudario el papel que recogió el primer canto de una inspiraciòn tan dulce y tan alta.

Trece años tenía cuando escribió *La Palma* y la melodía de su acento se oyó ya con deleite en todas las naciones.

Espronceda la celebró en sentidos versos, Donoso en vibrante prosa y Hartzembuch pocos años después, la celebraba también en el prólogo que pone al primer tomo que se publicó de sus poesías.

Y cuando había saboreado el deleite de sus triunfos, cuando llamada a Madrid había recibido el laurel de la poesía, en el Liceo, donde los mas altos ingenios de España rindieron el homenaje de su admiración a su talento y a su hermosura, volvió a su retiro de Badajoz, y vagando por las floridas campiñas de Bótoa, su alma enternecida exhaló ese suspiro melodioso y suave que se llama *El amor de los amores,* donde bullen inquietos y desconsolados los anhelos imprecisos de íntimos amores, cuyos altos objetos se pierden en las lontananzas misteriosas de su fantasía, unas lontananzas lejanas y borrosas a donde no alcanzan sus manos finas, blancas, inspiradas, que se resignan, pálidas, a enviarle los besos de su lira.

Durante algunos años vagó por España, siguiendo los azares de la fortuna de su familia y dejando siempre en sus dulces cantos, la huella sonora de su paso, siendo màs dulces, más sentidas, más sin-

ceras siempre, las que le arrancaron las imponentes soledades nostálgicas y llenas de apacible melancolía, que deleita y sobrecoge a la vez el alma de los que sueñan, como la hermosa canción que le inspira el castillo de Salvatierra. Y al fin, un día para ella venturoso, los anhelos vagos, las ansias inefables de dulces amores soñados y no comprendidos, tuvieron satisfacción en un hombre que le consagró su vida. Ella recibió la ofrenda y la correspondiò con creces. Se casó con aquel noble americano, diplomático y opulento; su vida ya no fué más que una realización dichosa de sus dulces ilusiones, que no se resignó nunca a ver truncada por las frías desgarraduras de la muerte.

Vió morir a una hija, y sus despojos eran para ella una prenda que se resistía a abandonar a las inclemencias aniquiladoras de la tierra, como si en sus brazos, con su amor y sus lágrimas, quisiera conservarle la vida.

Y muriò el hombre de sus amores y no fué posible separarla de su cadáver en todo el resto de su vida, que la ofreció entera como un holocausto en el altar de aquella sepultura misteriosa y trágica que se escondía en las lobregueces de la capilla, en un palacio señorial, cercano a Lisboa, que perteneció en otros tiempos a los patriarcas y todavía lleva el nombre de su *Mitra*.

Quizá cuarenta o cincuenta años vivió así nuestra poetisa, dando culto a sus muertos amores, en las soledades del sepulcro, y solo muy de tarde en tarde se oía algun acento lejano de sus cantos, que cada día sonaban más apagados, como una voz de ultratumba.

Carolina Coronado.

Su recuerdo, sin embargo, perduraba en Extremadura. Un día quisieron arrancarla los extremeños de aquel destierro luctuoso, para ceñir su frente gloriosa con el laurel de sus admiraciones, y desde allá, amorosa y dulce, contestó a sus compatriotas.

Una corona no; dadme una rama
De la adelfa del Gévora querido,
Y mi genio, si hay genio, habrá obtenido
Un galardón más grande que la fama.

No importa al porvenir cómo se llama
La que al mundo decís que dió al olvido;
De mi patria en el alma está escondido
Ese nombre que aún vive, sufre y ama.

Os oigo desde aqui; desde aqui os veo,
Y de vosotros hablo con las olas,
Que me dicen con lenguas españolas,

Vuestro afán, vuestra fe, vuestro deseo,
Y siento que mi espíritu es más fuerte
En esta vida que os parece muerte.

El vigor sentimental de su alma parece que pretendía vencer los umbrales insuperables de la muerte; por eso proseguía su culto amoroso a aquellas cenizas que yacían heladas en el sepulcro, y por eso quiso que, aun después de su propia muerte, como en un viaje de nupcias funerales, los dos cadáveres amantes vinieran a la patria de sus amores a reposar eternamente unidos.

La ciudad recibió asombrada y conmovida la grandeza trágica de aquel fúnebre cortejo nupcial, y sobre el ataud de la poetisa puso el Ateneo la corona de sus admiraciones, acompañando a aquel fúnebre cortejo hasta el cementerio de la ciudad,

donde yacen juntos en eterno abrazo los esposos amantes.

Poco después el Ateneo, en una fúnebre velada, solemne y sentida, ponía sobre la sepultura gloriosa las flores de su respeto y de su entusiasmo por aquel alma inspirada y sentimental, que había pasado por la población como la caricia blanda y suave de un dulce sueño y dejaba tras de sí una ráfaga perfumada y luminosa de amor tan vivo, tan vigoroso y encendido, que quiere proseguir ardiendo hasta en las muertas frialdades de la tumba.

Adelardo López de Ayala.

POCAS veces habrá podido decirse con tanta razón, como respecto de Adelardo López de Ayala, que la cara es el espejo del alma.

Aquellos ojos grandes, serenos y bellos; aquella trova blonda y abundante, el mostacho recio, grande y retorcido, sobre la perilla larga y rizada, todo ello en el òvalo de aquel rostro interesante, que pedía imperiosamente el rotundo marco de una gorguera del siglo XVII, revelaban el alma romántica y soñadora de un gran poeta, los destellos luminosos de una mentalidad extraordinaria, y aun el dejo interesante de negligente indolencia, que suele dar a los espíritus superiores la conciencia de su propia grandeza, en el victorioso parangón con las menudas pequeñeces de que está erizada esta pobre vida terrena.

Y asi era Ayala. Fué, ante todo, poeta. Pretendió, en los primeros años de su juventud, cuando salió de Guadalcanal, el pueblo de su nacimiento, estu-

diar leyes en Sevilla; pero su espíritu de poeta nó se avenía a aquellas áridas lucubraciones, y fué más conocido por los versos que brotaron ya entonces de su pluma, que por sus lauros académicos; no tuvo paciencia para concluir los estudios. Veinte años tenía cuando en 1849, llegó por primera vez a Madrid, que había de ser el teatro de sus triunfos y no tardó en dar a la gloriosa escena española uno de sus más nobles galardones con el ruidoso éxito de *Un hombre de Estado.*

Su fama de poeta creció rápidamente con sus nuevos dramas y con sus exquisitas e inspiradas poesías líricas, llegando enseguida a ser una de las figuras más interesantes y más respetadas en todos los cenáculos literarios.

Esto lo llevó a la redacción de *El Padre Cobos*, inolvidable semanario satírico, en que escribían las más escogidas plumas de aquel tiempo, haciendo un verdadero modelo de sátira distinguida y del habla castellana; y por esta puerta de bella y escogida literatura entró Ayala en la política, siendo su primer discuso aquel dechadó de elocuencia y de sagacidad con que defendió a este periódico ante el jurado.

En ninguno de los discursos que pronunció después, se retrata tan diáfanamente su alma, como en esta incomparable oración, en que manifiesta el alto desdén con que su espíritu generoso y soñador mira los estrechos moldes de la política de partidos, donde tan mal caben los altos ideales que él, en el teatro, como poeta, había sabido descubrir en el alma del pueblo español, al ver asomar en sus ojos las lágrimas ardientes del entusiasmo, cada vez que le

había puesto delante los amores de su religión, las grandezas de su historia patria y las epopeyas veneradas de sus reyes.

Después, la negligencia perezosa de su espíritu se dejó bambolear por las olas de la revolución, y las luces de su talento, la arrogancia viril de su ánimo, y la elocuencia de su palabra, lo llevaron al banco ministerial dos veces en el período revolucionario, saliendo del último de aquellos ministerios por la sinceridad indisciplinada, con que la rectitud de su espíritu, mal avenido con las conveniencias de aquellos gobiernos, acusó duramente la inconsecuencia de los hombres que más alardeaban de sacrificarse por los ideales democráticos.

Cánovas no desaprovechó la ocasiòn de atraerse tan poderoso elemento a las fuerzas que acaudillaba, y en su primer ministerio de la Restauración, ocupaba Ayala el puesto que había abandonado en el de Prim, llevándolo despues, a la Presidencia del Congreso.

Pero la política era para Ayala una cosa secundaria a la que dedicaba solamente forzadas atenciones; su alma estaba entregada por completo al arte; era un entusiasta contemplador estático de la belleza, y a su culto consagraba todos los entusiasmos y toda la actividad que le permitía aquella invencible y aristocrática negligencia que dominó siempre su vida, aumentando el encanto de sus atractivos y restándole fecundidad a su talento poderoso.

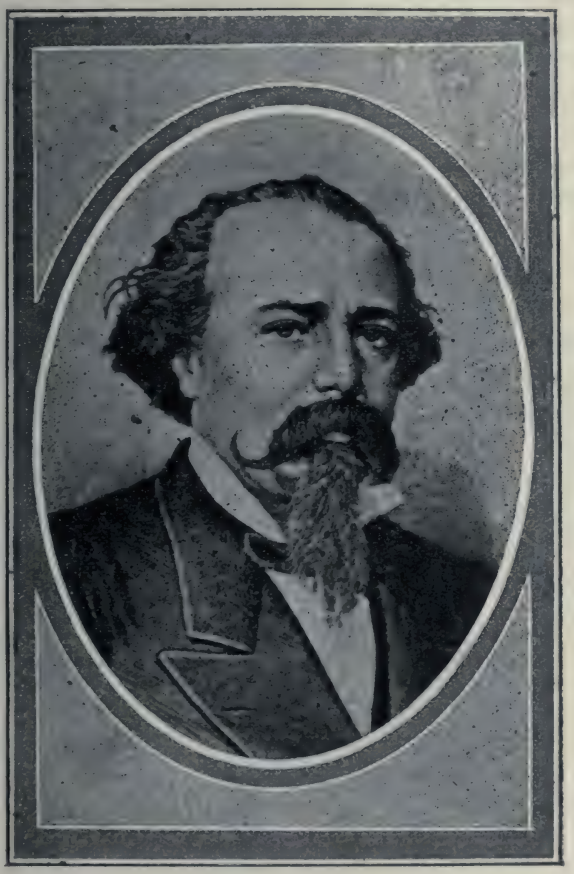
Dejó siempre caer con desdeñosa apatía los áureos frutos de su talento, lo mismo en las maravillosas oraciones parlamentarias—entre las que luce como una gloria de nuestra elocuencia, la que

pronunció a raiz de la muerte de la Reina Mercedes—que de aquellas obras gloriosas que dió a nuestro teatro como *Tanto por ciento* y *Consuelo*, y tantas otras, dejando en proyecto muchas más, que la pereza no le permitiò desenvolver, y en las exquisitas poesías líricas, entre las que están los sonetos, esos modelos de belleza insuperable, que serán siempre una gloria de la inspiración y del habla castellana.

Era el de Ayala, aquel bello tiempo de transición para nuestra literatura, en que habían decaido las locuras neuróticas del viejo romanticismo, conservándose intactas todavía las dulces modulaciones de su sentimental emotividad, y en que una reacciòn enérgica del buen sentido, volvía la vista al pulimento y decoro de la corrección clásica, sin convertirla en presión estrecha, agostadora de los nobles vuelos de la fantasía y de las sinceras emociones hondas del espíritu.

Parecía el alma de Ayala, sentimental y dulcemente ponderada en asientos firmes de fijas convicciones morales y religiosas, modelada para personificar el ambiente estético en que se desenvolvía el arte de su tiempo.

La clara intuición de su entendimiento poderoso, penetró tan hondamente en este estado del alma contemporánea, que su obra literaria fuè el verbo de aquella generación, y eso explica la asombrosa popularidad que disfrutó, y que mirada desde tiempos ya tan posteriores como los nuestros, nos parece un poco inexplicable, al menos en su magnitud. Y él era tan amante de estos lauros con que la popularidad de su arte ceñía su frente, que hacía alarde



Adelardo López de Ayala.

de ponerlos, en su estima, mucho más en alto que todas sus ascensiones en la carrera de la política, y así lo demostraba, pasando del alto sitial de la presidencia de las Cortes al proscenio del *Teatro Español*, para recibir las ovaciones de su *Consuelo*, esa hermosa obra, cuyas incomparables escenas fueron, en gran número, escritas y pulimentadas en la misma mesa de la presidencia del Congreso, mientras discurrían solemnes y tediosas las luenguas sesiones de discusión de presupuestos.

Así transcurrió, entre satisfacciones y triunfos alcanzados sin grandes esfuerzos, por el vigor de aquel talento poderoso, la última etapa de aquella vida fecunda, que se acabó cuando tocaba los primeros umbrales de la vejez y sin que hubieran llegado para su espíritu vigoroso, ni para su inspiración, los días frios de las decadencias, sino en el apogeo de su gloria al terminar el año 79 de su siglo.

Moreno Nieto.

N año hacía que se habían extinguido para siempre los acentos de la elocuencia de Donoso, cuando Extremadura mandaba a la tribuna española, en las Cortes del 54, otra voz elocuente que había de asombrar a España con los destellos de su sabiduría; la de D. José Moreno Nieto.

Tenía este hombre insigne, cuando fué por primera vez a las Cortes, casi la misma edad que Donoso, cuando apareció por vez primera también en el Parlamento, unos 28 años. Era entonces catedrático de Arabe en la Universidad de Granada, y aquella provincia le había conferido su representación en Cortes, siendo ya conocidísimo y admirado de todos por su talento, por su erudición asombrosa, por su elocuencia extraordinaria. Había ganado por oposición una cátedra después de unos ejercicios verdaderamente notables que practicó en Madrid donde era ya también conocidísimo entre catedráticos y escolares, porque en su Universidad había estudiado leyes, en cuya

facultad se doctoró poco antes de practicar estos ejercicios.

Apenas contaba 25 años y era ya un consumado arabista y un gran maestro en la literatura y la historia de esa raza. Fueron estos estudios una de las primeras ansias de sabiduría que se despertaron en su alma, todavía casi en la niñez, cuando estudiaba humanidades en Toledo, capital a donde se trasladò desde Siruela, el pueblo de su nacimiento, para comenzar sus estudios a los once años de edad. Pero sus nobles anhelos de saber no podían contenerse en los límites de una sola disciplina, y pronto se extendió a todas, abarcándolas con asombroso dominio. La política, la sociología, la filosofía y la literatura eran los campos más frecuentados por aquel vigoroso entendimiento, y su vida se concentraba por completo en esas dulces delectaciones intelectuales, en los goces inefables que dá el dominio de el saber, si el saber llega como en este caso, a ser tan alto y tan completo que disipa dudas, aplaca apasionamientos y llena de dulce paz y benevolencia al espíritu.

Granada era campo estrecho para que lucieran las excelencias de aquella mentalidad maravillosa, y a poco fué a Madrid a desempeñar una cátedra de Historia de los Tratados, que ganó por oposición.

Entonces fué cuando en el Parlamento, en las academias y en el Ateneo, comenzaron a lucir los fulgores de su alta sabiduría, asombrando aun a los más preclaros entendimientos que lucían en la Corte, y eran tiempos en que vivían Cánovas y Castelár.

Parecía sin embargo Moreno Nieto como el lazo

Moreno Nieto.

de amor que está siempre en las altas cumbres del saber, desde donde se mira con igual piadosa compasión las más encontradas pequeñeces de los hombres.

Espíritu creyente y sinceramente cristiano, siempre consagró el entusiasmo de sus admiraciones y la profesión firme de su fe a la religión católica; pero su espiritu amplio, benévolo, piadoso, no veía tan angostos los límites de las doctrinas ortodoxas, que pudieran excluirse de su campo sin apelaciones ni excusas las conquistas todas del pensamiento moderno. Y de ahí nacieron aquellas tolerancias y amalgamas extrañas y sorprendentes que se veían en sus discursos, viendo congruencias, a veces, entre las teorías que se consideraban más incompatibles.

El partido conservador lo tenía como el más eficaz medio de rechazar las acometidas de la erudición elocuente de Castelar, pero a veces, remontados ambos atletas a las regiones de las altas visiones de la sabiduría, donde ambos dominaban con tan pleno señorío, se abrazaban cariñosos en vez de combatirse, en medio de la estupefacciòn de las huestes de cada uno, que quedaban abajo, en la tierra, defraudados y atónitos, sin comprender lo que veían.

Esto hacía que la política militante no pudiera contar con este hombre grande, que tan lejos se ponía siempre de las menudas realidades de la vida, donde respira y se nutre esa política.

Todos, comenzando por Cánovas, lo querían y lo admiraban, con la más sincera efusión, pero temían colocarlo en puestos políticos donde se nece-

sitarán las crudas acometividades e intransigencias de las banderías porque *sabían* que su alma noble, su espíritu tolerante, su corazón bondadoso, llegados esos momentos, o abandonaba el campo o inutilizaba el arma que su bando le hubiera puesto en su mano para acometer al enemigo. Era su bondad uno de los más encantadores aspecto de la grande za de aquel alma extraordinaria; puede decirse qu no sabía odiar.

Aquel hombre modesto, lleno de sabiduría, de merecimientos, de honores y admiraciones tan legítimamente merecidas, jamás tuvo un asomo de esa consciencia del propio valer que tan frecuentemente empaña los atractivos de la sabiduría en muchos hombres.

Fué presidente del Ateneo, y allí sí que estaba en su centro D. José Moreno Nieto; después de elegido por primera vez, fué siempre este el ambiente de su vida, y el alma de aquella culta sociedad.

Se pasaba la vida en aquella biblioteca, que él mpulsó tan vigorosamente, haciendo estudios, preparando conferencias y dirigiendo, enseñando y orientando siempre con paternal cariño a cuantos acudían a cada momento allí a beber en el caudal inmenso de su sabiduría.

Y en sus asombrosos discursos académicos, donde se desbordaba como una catarata impetuosa el tesoro inmenso de su sabiduría, ornada con las galas encantadoras de su expléndida elocuencia inimitable, se esparcía deleitosa y apaciblemente la grandeza de su espíritu en esa comunicación que necesitan siempre los altos entendimientos, como estímulo y ambiente de su vida.

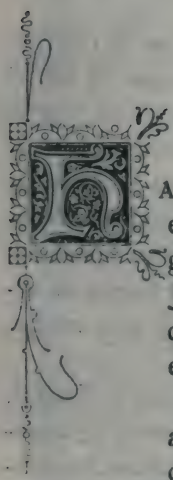
Estatua de Moreno Nieto en Badajoz.

Era la suya una época de enconadas contienda sociológicas y políticas, en el campo teórico de las diversas escuelas que reñían en el Ateneo las más rudas batallas; pero cuando más encendido y tumultuoso era el fragor de la pelea en aquellas discusiones, surgía en la tribuna este hombre endeble, de aspecto humilde y simpático, a pesar de la fealdad de su rostro, señalado profusamente de viruelas, y comenzaba a hablar lenta y embarazosamente, como si el tumulto de las ideas no pudiera penetrar holgadamente en el estrecho cauce de la palabra; pero poco a poco, como si este cauce se iluminara y encendiera de luces maravillosas, se desenvolvía la grandeza de aquel pensamiento en una oraciòn, limpia, rápida y brillante, que la transfiguraba dando a su figura proporciones de gigante y nimbándola con halo sugestivo de profeta, que hacía deponer todos los rencores y enconos de escuela, para dejar paso a las explosiones del entusiasmo, que juntaba todas las manos en frenéticos aplausos y todas las almas en rendidas admiraciones.

Y en este dulce esparcimiento del espíritu grande y generoso le sorprendió inesperada la muerte, sin pasar de lo 57 años de su edad.

La admiración y el cariño que inspiraba en Madrid y en toda España, este hombre tan sabio y tan bueno, era tan grande, que la noticia de su muerte inesperada arrancó en todas partes una de las más sinceras manifestaciones de duelo que se han tributado a los hombres ilustres.

Cristobal Oudrid.



HACE unos quince o veinte años, en la esquina de la derecha de la calle de Lagares (1) entrando por el campo de San Juan, se levantaba una casita modesta, que hoy ha sido ya sustituída por una edificación màs expléndida.

Aquella modesta vivienda pertenecía a una acomodada familia de Badajoz que ya hoy ha desaparecido de la ciudad, pero cuyo último vástago, don Benito Crespo, fué conocido por una gran parte de la generación presente, según me cuentan.

En el principal de esa modesta casa vivía, hacia el año 24 del pasado siglo, un profesor de música muy reputado en Badajoz, que se sostenía del producto de las lecciones que daba de su arte a las hijas de las principales familias que vivían en la población.

---

(1) Desde hace algunos años esa calle se llama de Zurbarán.

La familia de D. Benito Crespo, le regalaba el alquiler de aquella vivienda a cambio de las lecciones de piano que daba a sus hijas.

El referido profesor había sido músico militar y era hijo de uno de aquellos soldados franceses que se quedaron aquí rezagados en los tiempos de la invasión, y constituyeron familia casándose con españolas.

Aquí se casó él también, y viviendo en la referida casa, hacia el año 29, le nació un hijo que se llamó Cristobal. No era el producto de su arte tan pingüe que le permitiera pensar en dar a su hijo carrera, y por esto se decidió a aleccionarlo en los rudimentos de su arte, para el que ofrecía excepcionales disposiciones, con el fin de que, llegada la edad oportuna, ingresara, como él había hecho, en la banda de algún regimiento, proporcionándose, por este medio, un modesto porvenir.

Así lo hizo. Y cuando tenía 15 años fué a Madrid, donde, adscrito a la banda de un regimiento de aquella guarnición, completó Cristobal su educación musical recibiendo lecciones del maestro Saldoni, para quien llevó de Badajoz recomendaciones expresivas. Poco tardó el joven Oudrid en dar pruebas de la extraordinaria aptitud para el arte a que se consagraba, y su reputación entre los músicos le permitió pronto ver más amplios caminos para su porvenir, que los que podían ofrecerle sus ascensos en las bandas militares, por lo cual, cumplido su compromiso, empezó a vivir libremente del cultivo de su arte.

Comenzó haciendo composiciones para orquesta, que enseguida le dieron una envidiable reputación y

Cristóbal Oudrid.

el puesto de director de orquesta en los principales teatros de la Corte.

Era aquel el tiempo floreciente de la música española, en que se llegó a soñar con la creación de una ópera nacional por el desenvolvimiento gallardo que se le dió a nuestra Zarzuela.

Oudrid tomó parte activa en aquel movimiento artístico, siendo uno de sus más populares y meritorios paladines. El *Postillón de la Rioja* y el *Molinero de Subiza* consagraron definitivamente la fama de su nombre, ocupando después los puestos de mayor relieve entre los profesionales de este bello arte, lo mismo en los teatros de zarzuelas que en el Real, siendo muy numerosas y populares las zarzuelas que escribió, cuya completa enumeración se encuentra en los periódicos profesionales que en el año 77, en que acaeció su muerte, le dedicaron sentidas necrologías significativas del alto concepto en que se llegó a tener la inspiración del insigne músico extremeño.

***

(Las noticias que respecto a la familia y vivienda y primeros años de este notable músico consigno, no las he visto escritas en su btografía: sino que las he oido a una señora anciana que hace pocos años vivía aún en Badajoz y había conocido a la familia de Oudrid. Era la madre de D.ª Francisca Saavedra, notable profesora de instrucción primaria que murió en la flor de su juvantud desempeñando el cargo de Regente en la Escuela Práctica agregada a la Normal de Maestras de esta capital. Hago esta aclaración exclusivamente para explicar el motivo de estas afirmaciones, que no se encuentran, como digo, en las biografías del músico.)

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria 2
Prólogo 7
Torres Naharro 13
San Pedro Alcántara 25
El Divino Morales 39
Rodrigo Dosma 53
El Brocense 67
Arias Montano 79
Hernán Cortés 89
Vasco Núñez de Balboa 101
Francisco Pizarro 115
Francisco Zurbarán 129
Meléndez Valdés 137
Muñoz Torrero 147
Juan Bravo Murillo 155
Juan Donoso Cortés 163
Carolina Coronado 171
Adelardo López de Ayala 179
Moreno Nieto 187
Cirstóbal Oudrid 195

A LOS 29 DIAS DEL MES DE ENERO
DEL AÑO 1915 DE N. S. JESUCRIS-
TO, EN BADAJOZ Y EN LA OFI-
CINA TIPOGRÁFICA DE LOS SE-
ÑORES UCEDA HERMANOS,
ACABOSE DE IMPRIMIR ES-
TA OBRA, EDITADA POR
EL EXCELENTÍSIMO
AYUNTAMIENTO
DE ESTA CAPITAL
DE LA CUAL SE
HICIERON 500
EJEMPLA-
RES.

140340
HSp.EC.
M829n
Author Moran, Angeles
Title Nombres claros de Extremadura; notas biográficas

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU